

ENTRE MUROS

ISRAEL ALVARADO TORRES



ENTRE MUROS

© 2010, Israel Alvarado Torres

© Portada: Israel Alvarado Torres

Primera Edición:

ISBN: 978-607-00-0979-2

Impreso y hecho en México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y la portada, sea cual fuere el medio electrónico o mecánico sin el consentimiento por escrito del autor.

INDICE

Un recuerdo.....	17
El que tiene firmeza	20
Evocaciones	23
Conciencia.....	24
Lectura de manos	25
Imágenes góticas de un recuerdo	28
El moribundo.....	37
¡Qué raro!.....	38
La pregunta.....	39
Agonizante	40
Al despertar.....	41
Los soñadores	42
Sentimientos.....	51
Desesperación	52
Las mezclas no son buenas	55
A través de la ventana	57
¿Qué desea la nada?.....	63
¿Quién lo hizo?.....	64
Ayer.....	67
Entre muros	85
La caída	87
Una familia muy afortunada	89
Acerca de la luna	93

*A mi papá, mi mamá(†),
mis hermanos, familiares y amigos,
a Valeria, Elizabeth, Andrea, Marcela
y en general a todos y cada uno
de los que me han apoyado a lo largo de mi vida.*

Prólogo

Israel, hacedor de sueños crueles y fatales

“El infierno no son círculos. Hay parcelas, feudos, ciudades enteras. Y este humildísimo pedazo de infierno, este jardín con una sola flor, es el mío, es mi vida.”

Abelardo Castillo.

Israel Alvarado Torres nació en la ciudad de México, empezó a escribir cuando tenía dieciocho años. Además de la literatura, Israel se vinculó con la música desde los ocho años y con la fotografía a los treinta años (sus obras fotográficas están “llenas de luz y cinética”, afirma él), estudió administración de empresas en la Universidad La Salle y una maestría en marketing en la Escuela de Administración de Empresas (España). Algunos de sus cuentos fueron publicados en las compilaciones *Reloj de Arena* (2000 y 2006).

Este libro ha reunido su trabajo con una temática común: nos habla de una cierta claustrofobia, de un encierro real o psicológico, de una inevitabilidad de los hechos; imágenes de la desesperanza más total y absoluta, momentos intolerables, insoportables, casi inhumanos. Sus protagonistas no pueden con sus vidas, carecen de las herramientas para poder idear una salida de esos abismos oscuros donde moran – como peces ciegos – de una forma obstinada y cruel, golpeándose la cabeza contra muros (quizás) inexistentes, totalmente faltos de esperanza.

Hablar de los héroes de los relatos de Israel Alvarado Torres es hablar más bien de antihéroes, seres tristes, perdidos, ciegos y sordos a cualquier

realidad que los pueda sacar de su desgracia, depresivos y pesimistas, en algunos casos, ya irreversiblemente muertos en vida, quizás arrepentidos de estarlo, quizá sólo agradecidos por ello; en otros casos, vivos pero cínicos e irónicos, torturados y tortuosos, sádicos y despiadados, casi calculadores, crudos en su frialdad... Pero siempre, en todos los casos, son seres sufrientes. Israel transmite su propio sufrimiento en sus relatos, deja ver su rechazo a un mundo injusto y hostil, se resiste a las inclemencias de estos tiempos con valores cambiantes o volátiles, diferentes tal vez a los que él soñó para su vida y su entorno.

El autor recorre varios estilos literarios que van desde los (cruels) monólogos interiores hasta los (“asépticos”) interrogatorios policiales o periodísticos. Se lo percibe ligeramente más cómodo escribiendo en primera persona donde juega con la identificación completa del lector con su propia tragedia, con su dolor, con su mundo precario y gris, con su sensibilidad que queda tan expuesta en sus páginas.

El lenguaje que utiliza en sus relatos también varía de acuerdo a la estructura argumental y al estilo elegido y va desde figuras metafóricas hasta la descripción casi objetiva y simple de una crónica. Lo que no falta en ellos son los finales cortos y, si se permite, fatales (como un baldazo de agua si se quiere) que ordenan el texto resignificándolo, ordenándolo, acomodando las piezas del rompecabezas para mostrar o redescubrir el sentido que finalmente tendrían todas las frases anteriores.

En general, sus narraciones son breves, algunas brevísimas, en ellas explota la precisión y la exactitud y permite al lector completar aquello que falta pero se presiente (como un mal presagio). En otros cuentos se explaya, abre un espacio visual casi fílmico, como una cámara que persiguiera continuamente al protagonista y no desperdiciara ni el más mínimo detalle de su recorrido vivencial. De sí mismo, él afirma ser muy visual, “me gusta ver a la gente, a las cosas; me gustan las historias, los momentos claves. Una manera de tener estos momentos, esas historias presentes es capturarlas, verlas una y otra vez”.

Israel transita los caminos de la fábula, del contar, del relatar, de una manera agónica y apocalíptica, su mismo título nos sumerge en una atmósfera de encierro, de impotencia, de opresión. La acción se desarrolla, en general, en espacios cerrados reales como cuartos o féretros pero también en esos estados mentales que remiten a la falta de salidas o de solución a conflictos, donde el infierno son los otros (Sartre) o uno mismo. En esos espacios reducidos, palpables y acotados, las acciones son atemporales, carentes de tiempo histórico, pueden ser de ahora, de hace diez años, de algún “cierto futuro incierto”.

De su propia obra, Israel comenta que sus cuentos “tienen que ver con límites reales o ficticios que nos inmovilizan, que no nos dejan ver, que nos aplastan, que nos devoran, tienen que ver con sueños que son más soportables que la realidad y realidades que son tan insoportables como el sueño mismo”.

No intento hacer un análisis exhaustivo de los textos de Israel, sólo un esbozo, una mera apreciación, la iluminación parcial y segmentaria de ciertos fragmentos para tentar al lector a leer su obra. No sólo una vez, varias veces, para encontrar lo que él dice tanto de la fotografía como de los libros: “los lees y los vuelves a leer y encuentras palabras nuevas, frases, imaginas diferente la historia”. Invito a los lectores a hacer lo mismo y a disfrutar del viaje una y otra vez.

Valeria Di Cicco

Inhaló llenándose de vida, exhaló vaciándose de ella.

UN RECUERDO

–¿Cuál es su nombre?

–Sol... me llamo Sol.

–Dígame, ¿cuándo empezó a trabajar como prostituta?

–¡Ay, señor!... Yo no comencé a trabajar como prostituta: todavía no había nacido y ya mi destino era ser una puta.

»Los culeros de mis padres me vendieron el día que nací, fui cambiada por unos pesos. De ahí en adelante mi vida, si así se le puede llamar, empezó.

»Desde niña fui violada por mi padrastro; el cabrón no podía tener hijos, por eso me adoptó. Yo creo que sacó toda su rabia conmigo. Este culo guango y ancho se lo debo a ese pendejo, que no dejó de manosearme y metérmelo cuantas veces se le antojó. ¡No siento placer en coger!... ¡Sólo dolor!... ¡Asco!

»Mientras me violaba, el pendejo decía que era mejor olvidar, que todo sería más fácil obedeciéndolo. En especial tenía una frase que repetía una y otra vez: “¡Olvida que eres puta y cógeme!”.

»En la casa me trataba peor que criada. No fui a la escuela, no tenía amigos ni conocidos.

»Salía a veces a la tienda de la esquina o a la tortillería, sólo de ida y vuelta. Afuera, veía todo distinto, pensaba que en las calles sería libre, que dejaría de recibir madrazos y abusos.

»Fue a los diez años cuando escapé de esa chingadera para irme a otra chingadera peor. Estuve vagando por las calles, vivía de limosnas y de basura. Pasé cuatro años con otros niños que habían vivido historias similares. Me drogaba para quitarme el hambre y la tristeza.

»Con el tiempo el culo y las tetas se ensancharon y me puse buena.

»Un día estaba en la calle pidiendo dinero para comer cuando se acercó un hombre en un auto lujoso y me pidió que subiera. Yo me trepé: no tenía nada que perder. Me llevó a una casa grande de dos pisos, con muchos cuartos. Ahí supe lo que era un putero.

»Lo primero que hizo fue bañarme y tallarme fuerte todo el cuerpo para quitarme la mugre. No dejaba de mirarme y decirme que era muy chula. Me secó suavemente con una toalla, me cortó las uñas, me peinó, me pintó los labios y me perfumó.

»Recuerdo que abrió un armario lleno de vestidos muy bonitos, tomó uno y él mismo me vistió. Me preguntó cómo me llamaba, le dije que no tenía nombre, que en la calle me decían “Güera”, y él contestó: “Pues de ahora en adelante te llamarás Sol”.

»Me pidió que cerrara los ojos y me acercó a un espejo. Al abrirlos, por primera vez en mi vida me vi hermosa.

»Salimos del cuarto y fuimos a un salón grande y lujoso. Me hizo sentar en una mesa; me trajo de comer, y me dio de beber ron, ¡mucho ron! Esperó a que estuviera ebria para cogerme, ahí mismo, en la mesa.

»Y de ahí en adelante estuve de putero en putero.

»¿Pregunta que cómo fue mi vida de prostituta?... Pues como la de cualquier puta: besando culos, abriendo piernas, recibiendo madrazos, fingiendo orgasmos y, sobre todo, sintiéndome muy jodida, sin poder llorar.

–¿Por qué mató al viejo?

–¡Lo maté porque se lo merecía!

–¿Cómo es eso de que se lo merecía?

–Cuando el viejo se acercó a preguntarme cuánto cobraba, me dio mala espina, pero le dije que doscientos pesos, trescientos con todo y habitación, y que no se arrepentiría, que sabía hacer buenos trabajos.

»Él dijo: “doscientos. Vamos a mi casa, queda a cinco calles de aquí”. Le pedí que me pagara por adelantado: no confié en él.

»Al llegar a su casa, más bien una casucha con un solo cuarto, me hizo pasar. Estaba desordenada; sobre la mesa había restos de comida, cubiertos sucios, botellas de cerveza a medio terminar. Enfrente estaba la cama. Me fijé bien qué había alrededor pues, como le dije, me daba desconfianza.

»Me pidió que me quitara la ropa. Mientras lo hacía, él se bajó los pantalones y se agarró su pito viejo y asqueroso hasta que se le paró.

»Se acercó, me besó una teta mordéndome el pezón. Me pidió que se la mamara y lo hice, al cabo que para eso trabajo. Después se acostó en la cama y me le monté. Yo comencé a fingir como lo hace toda puta, a decir pendejadas..., ¡esas palabras que tanto les gustan a los hombres! Usted sabe a qué me refiero.

»El muy cabrón no hablaba, nada más cerraba los ojos. Yo creo que ya se iba a venir, cuando de pronto el pendejo comenzó a gritarme una y otra vez: “Olvida que eres puta y cógeme”. Conforme más lo repetía, más recuerdos llegaban a mi mente... ¡Más odio! ¡Más asco!

»En un instante salté hasta la mesa, tomé un cuchillo y comencé a clavárselo en todo el cuerpo. Entre más sangre le brotaba, más libre me sentía. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, ya estaba muerto. Tomé mis cosas y salí desnuda, manchada de sangre, con lágrimas escurriendo sobre mi rostro.

»Así fue como me atraparon y por eso estoy aquí encerrada.

»De todo lo que le conté de mi niñez y los abusos no me acordaba; el viejo me hizo revivirlos.

–¿Quién le dio derecho a quitarle la vida? ¿No le bastaba con denunciarlo?

–No, mi poli..., ese viejo me arrebató la vida hace mucho tiempo; él me dio el derecho de quitarle la suya... Tenía la obligación de hacerlo. Ahora soy libre, mi vida ya no le pertenece, soy dueña de mí misma de aquí en adelante. Si sigo siendo puta dentro o fuera de la cárcel es porque yo lo decido y no porque me lo impongan. Un recuerdo me ha dado esa libertad.

»Así que dígame... ¿Qué procede?

EL QUE TIENE FIRMEZA

Saliste en silencio, cabizbajo; te negabas a pensar, a sentir... sólo querías dejar ese lugar.

Cada paso te acercaba más y más a tu corto destino. Por esa razón caminabas como arrastrándote, deseando estirar el tiempo. Aunque sabías que eso podía también prolongar tu agonía, rechazaste la idea de andar aprisa.

“¡Qué más da! Llevo este peso en mi interior y no hay nada por hacer”.

La mirada de una mujer se cruzó con la tuya y te hizo recordar a Sofía como una esperanza de vivir: el movimiento de sus caderas, sus pechos, su voz dulce y sensual, sus ojos color miel, sus cejas abundantes y delineadas, sus palabras entrelazadas con sus caricias te hacían sentir vivo. Pero ella desapareció como la neblina, se esfumó sin decir adiós. Sólo se fue.

Continuaste caminando rumbo al parque, en busca de un momento de paz. El césped, las ramas, los troncos y el movimiento de las hojas te relajaron. De nuevo, al igual que otros días, te sentaste a reflexionar. Detrás de ti el ahuehuete más frondoso del lugar te regaló su sombra, ocultándote de los rayos del sol.

Decidiste terminar el libro *Una mirada en secreto*, que guardabas en tu saco. Devoraste una a una las páginas. Irónicamente, las últimas líneas hablaban de un nacimiento; no pudiste determinar si el autor se refería a una idea, una persona o un animal.

“Para qué pensar en eso”, te repitió tu voz interior.

Permaneciste con la vista fija en el horizonte.

El aire hizo crujir las ramas de las jacarandas: pequeñas hojas secas cayeron, giraron y chocaron entre sí, y un sonido parecido al rumor de un riachuelo se filtró en tus oídos.

El sol había cruzado el medio día y aún no desayunabas. Querías sentir el placer de comer. Te pareció que lo mejor sería volver a ese sitio elegante y acogedor donde Sofía aceptó el anillo; hacía ya unos años que no comías ahí.

Un taxi te llevó al restaurante “El Festín”. Comenzó a llover y el mozo de la entrada se acercó tratando de cubrirtte con un paraguas, pero tú te rehusaste. Querías sentir la lluvia en tu rostro; un rostro que había dejado de reír, e incluso de llorar, inánime, sin vida.

Te sentaste al fondo del lugar, oculto de las miradas, no pretendías esconderte de la gente sino de ti mismo.

Pediste un vino Merlot Syrah. El mesero no tardó en llegar con la botella y la destapó. Percibiste un agradable aroma, y se apoderó de ti un sentimiento de melancólica felicidad, el recuerdo grato de lo que no volverá a suceder jamás.

Te serviste una copa y tomaste un trago lentamente; su sabor te hizo recordar los besos de Sofía. Cerraste los ojos.

La primera copa se acabó. El gerente se acercó para llenarla nuevamente. Te dejó el menú y elegiste lo mejor del lugar.

Comiste lentamente, disfrutaste cada tiempo. Los platillos, uno a uno, te trajeron un sinfín de recuerdos que te hicieron sentir feliz.

“¡Momentos, sólo fugaces momentos!”, dijiste en voz baja.

Se acabó el vino y la comida. No hubo risas ni palabras; ningún gesto te acompañó.

El mesero te ofreció algún digestivo.

“Zambuca Negro, algo dulce me vendrá bien; y un puro, por favor”.

Las manecillas del reloj avanzaban. Tú querías detener el tiempo, pero era inútil: discurría como la sangre en tus venas.

Miraste a través del vitral del restaurante el cielo rojizo del otoño.

Pagaste la cuenta y te escabulliste por la puerta de emergencia; no querías cruzar palabra con nadie.

Fuiste en busca de unos tragos a un sitio llamado “El Edén”. Al llegar, te sentaste en la barra, pediste un coñac en las rocas y observaste a las

mujeres. Una de ellas te llamó la atención: cabello castaño, alta. Su blusa escotada dejaba ver parte de sus pechos; te excitaste. Sin embargo, lo que más te agradó fueron sus ojos y su mirada.

Le ofreciste un trago y charlaron un rato de cualquier cosa. Luego la invitaste a salir del lugar; ella accedió.

Fueron a tu departamento. Entraron sin decir palabra y encendiste la luz de la sala. Tenías algunas revistas regadas en el sofá, un par de libros y fotos sobre la mesa. La llevaste al cuarto de visitas (tu recámara la querías sólo para ti).

La abrazaste desabrochando su blusa, con tus labios sentiste su cuello, entre tus dedos estaban sus pezones grandes y duros que apretabas suavemente. Su falda cayó sobre la alfombra. La miraste por un instante. Ella te correspondió y sin dejar de hacerlo te desnudó. El olor de su sexo estaba ya en tus manos. Al penetrarla sentiste un calor inesperado que te recorrió el cuerpo. Te consolaste de no estar solo.

Permaneciste con ella varias horas.

A las tres de la mañana ella se vistió, tomó el dinero que dejaste sobre la cama y con una suave sonrisa como despedida se marchó. Te quedaste acostado.

Intentaste dormir sin lograrlo.

Te levantaste y fuiste al baño. Abriste el grifo de la tina y de pie miraste caer el agua; el vapor te reconfortó. Sumergiste tu cuerpo en la bañera, recargaste la cabeza en una toalla y cerraste los ojos. Por unos minutos te quedaste dormido.

Al despertar, el agua estaba tibia. Saliste de la bañera, caminaste por el pasillo y llegaste a tu cuarto, te pareció frío, ajeno. No encendiste la luz.

Te sentaste en la cama junto al buró; tu mirada se concentró por un instante en la fotografía donde abrazabas a Sofía. Con lágrimas en el rostro, estiraste la mano y abriste el cajón, cogiste la pistola, te la llevaste a la boca. Tu cuerpo cayó sobre la cama y la sangre se escurrió entre las sábanas.

Estabas muerto, y la enfermedad que el doctor te dictaminó ayer en la mañana como terminal no cesaba de tragarte por dentro.

EVOCACIONES

Miré el álbum fotográfico que tenía tantos recuerdos: mi familia, mis mejores amigos, cuando era una pequeña y corría por el campo...

Observé cada imagen una a una, de pronto vi un papel con un dibujo que me era familiar pero que no reconocí.

Hojeé de nuevo cada una de las páginas donde aparecían cientos de fotografías de paisajes y personas que no tenían relación con mis recuerdos... salvo un trozo de papel con un dibujo.

CONCIENCIA

Jordi saca la cajetilla de tabacos que guarda en su chaqueta de cuero, toma un cigarro, lo enciende con un fósforo (se percibe un ligero olor a azufre en el aire). Fuma lentamente y trata de disfrutar su sabor; deja escapar un poco de humo por la nariz y el resto por la boca, muy despacio. Toma la pistola que se encuentra en su pantalón, la saca con temor; la mano le tiembla, apunta, sin saber para qué. Se oye un disparo..., luego otro. Cierra los ojos.

Su mano sin fuerza deja caer el arma entre sus pies: las balas llegaron al objetivo. Su pensamiento no logra esclarecerse, está detenido en imágenes que lo confunden aún más, no comprende lo que ha hecho. Por un instante piensa que es un sueño pero sabe que no lo es. Un intenso dolor le molesta en la cabeza, se lleva las manos a la nuca, su vista se hace borrosa, aprieta los ojos, los abre sintiendo que nada está claro.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué he hecho! — grita angustiado. Nadie lo escucha.

Intenta no pensar, pero no puede. Ve los casquillos de las balas y la pistola aún humeante sobre el suelo. Su corazón palpita rápidamente, siente un mareo. Con desesperación observa a su alrededor. Se topa con el espejo. No puede creer lo que está viendo; se queda atónito, con la mirada perdida en su reflejo.

LECTURA DE MANOS

Lo entendió todo...

Fermín creía con vehemencia en la lectura de manos, de café, de cartas y en toda clase de predicciones. Había leído libros, revistas, asistido a conferencias de los mejores chamanes con el don de leer el pasado, el presente y el futuro, y le gustaba intercambiar apasionadamente puntos de vista con sus amigos y familiares.

Tenía veintisiete años cuando decidió consultar por primera vez a un famoso lector de manos. Hizo la cita y acudió con puntualidad: ocho treinta de la noche del viernes diecisiete de junio del dos mil seis.

Ese día la ciudad estaba más tranquila de lo habitual, había poca gente y autos en las calles, por lo que encontró un lugar para estacionarse justo frente al edificio donde estaba el consultorio.

Cruzó la avenida Reforma, y al estar en la explanada del rascacielos, miró hacia el piso treinta y ocho.

–¡Seguro ahí sabré mi destino! –se decía a sí mismo entusiasmado.

Miró su reloj, que marcaba las ocho veinticinco. De nuevo alzó la mirada observando el edificio y paró hasta encontrar un foco pequeño que se encendía y apagaba en la punta de la torre.

El aire sopló frío y con velocidad, lo que le hizo recordar que debía entrar. Se encaminó a la entrada y el vigilante le preguntó a quién visitaba. Fermín respondió y obtuvo su ingreso sin problemas.

Corrió para subir al elevador y presionó el número del piso al cual se dirigía.

Un extraño nerviosismo se apoderó de él.

–Por fin, piso treinta y ocho –dijo aliviado.

Las puertas se abrieron; ante sus ojos se encontraba un consultorio de

paredes tapizadas con dibujos y objetos, todos con significados religiosos y esotéricos.

La recepcionista sonrió y le dijo:

–El maestro lo espera. –Su voz le sonó agradable.

Fermín agarró la perilla para abrir la puerta del despacho, un inusual silencio invadió el lugar. Vio al adivino, lo imaginaba diferente; no le impresionó como él había creído.

–Buenas noches, ¿qué quiere saber usted? –dijo el vidente con un tono de voz grave.

Esa pregunta lo puso aún más nervioso.

–Quiero saber todo sobre mi futuro: el amor, el dinero, los viajes, la salud... Lo que no me gustaría es escuchar acerca de la muerte.

–No se preocupe, tarde o temprano todos moriremos, aunque algunos más preparados y conscientes. Présteme su mano.

Fermín la extendió mostrando su palma. El chamán la sostuvo observándola por un tiempo sin decir palabra. Su rostro permaneció sereno, casi inexpresivo.

De pronto, el nigromante comenzó a hablar por casi una hora sobre una teoría del tiempo que Fermín no conocía, por lo que no se atrevió a interrumpir y esperó a escuchar en algún momento lo que a él realmente le interesaba.

El vidente veía constantemente la hora. A las nueve quince hizo una pequeña pausa y concluyó con las siguientes palabras:

–Joven, el tiempo que el universo nos otorgó para estar aquí, compartiendo un espacio, es el justo. Sé que en este instante no comprende lo que le digo, pero el fundamento más importante dice que cada latido del corazón es un grano de arena que entregamos para formar el gran cosmos. El todo no puede recibir más ni menos, puesto que él mismo determinó lo que podemos dar. La sesión ha terminado.

Fermín se encontraba desconcertado y no atinó a decir nada; únicamente sacó el dinero y pagó la consulta.

El chamán recibió el billete, miró hacia arriba, cerró sus párpados e inclinó la cabeza al suelo, y sin abrir los ojos le dijo:

–Puede irse. –Su voz sonó menos grave de lo habitual.

Fermín, todavía más contrariado, se marchó del consultorio sumido en sus pensamientos, sintiéndose defraudado.

Entró al elevador y apretó el botón de planta baja.

Salió del edificio. Al ir cruzando la avenida miró una vez más su reloj: marcaba las nueve veinticinco. Lo sorprendió un fuerte golpe que lo hizo volar y girar por el aire. De reojo, antes de caer, pudo ver la ventana del chamán y una silueta que se distinguía a lo lejos. En ese momento lo entendió todo.

Las luces del consultorio se apagaron.

A las nueve treinta, el adivino cruzó la avenida, cinco minutos más tarde de lo habitual.

IMÁGENES GÓTICAS DE UN RECUERDO

La ausencia mató poco a poco lo que pretendía hacer de mi vida, la soledad y el encierro de mi mundo fueron acabando totalmente con la esperanza de crecer y desenvolverme mejor en este medio tan hostil que, muchas veces, me ataca por las facetas más inesperadas de mi inconsciencia.

Mientras miro las paredes de mi habitación, me doy cuenta de lo pequeño que es mi mundo. Los cuadros mal colgados con sus pinturas contemporáneas que creo que nadie entiende; quizá sea ésa su finalidad: quebrarnos la cabeza buscando su significado para descubrir que nada hay ahí; tal vez ésa sea su belleza.

Mis libros se encuentran desordenados. Los dejé ahí para recordar que algún día los leí. ¿Para qué tanta letra impresa sobre esas hojas? ¿Habrá gente a la que aún le guste leer? Algún uso les debo dar. Regalarlos, tirarlos a la basura y esperar que algún vagabundo haga una fogata con ellos. O simplemente conservarlos y de vez en cuando, con sus páginas, imaginar.

Antes me gustaba sentarme en la banca del parque y observar lo que me rodeaba; las horas ni rápidas ni lentas parecían cobrar vida, fluían con cada movimiento. ¿Quién podría darme momentos tan gratos? Añoro los atardeceres perfectos que puedo detallar en mi mente, como palabras de aliento, como un viento refrescante. Me regocijaba ver las hojas sobre el pavimento, mojadas e inmóviles. El olor de la tierra húmeda me hacía sentir en paz con cada suspiro. El aire viajaba de un lado a otro haciendo crujir las ramas de los pinos y eucaliptos para no permitirme estremecer en silencio... ¡Qué sublimes regalos da la vida!

Disfrutaba correr entre los árboles y abrazarlos, permanecer horas sintiendo su vida, su agonía, su amor. Los acariciaba pasando la mano sobre su resquebrajada piel. Más de una vez alguien dijo: “¡Ese hombre está loco! ¿Qué hace abrazado al árbol, mojándose con la lluvia?”. Yo no respondía. Me encontraba absorto en una simbiosis con el árbol, mi alma no quería romper esa unión. Otras veces, trepaba hasta lo más alto de su tronco, y miraba cómo los árboles se acariciaban con el movimiento del viento, con sus hojas tocándose suavemente; parecían salirse de raíz y correr el uno al otro para abrazarse y amarse a pesar de que morirían en el intento. ¡La belleza se respira sobre los árboles cuando comprendes el significado de su sonido!

He acompañado al bosque en las tormentas que descargan su furia; ahí comprendí su temor de ser alcanzado por un rayo. ¿Cómo correr? ¿Cómo pedirle a la naturaleza no ser el elegido para morir en su tempestad? Vivir con el miedo de ser fulminado por una ráfaga de luz, sin tener la oportunidad de correr, de gritar; intentar ver sin lograrlo. Los ojos han sido convertidos en ceniza. ¡Qué agonía y qué sufrimiento! Darse cuenta de que el fuego recorre las extremidades, y la lluvia, gota a gota, apaga las llamas.

Cuando pienso en mis sentimientos, quiero salir de esta habitación y caminar sin sentido. Me relajo al ver los peces color escarlata. ¿Qué los impulsa a nadar? ¿Qué sienten? ¿Cómo es su mundo en la enorme pecera? Podría sumergirme en ella hasta ahogarme, no lo sé. ¿Tratan de esconderse de mi mirada detrás del tronco o del coral muerto que coloqué en el fondo? ¿Acaso se sienten atrapados en ese rectángulo rodeado de vidrios? Intentan ir más allá, ven lo que hay afuera, pero chocan con un límite que les impuse. Al mirarlos se me ocurre acabar con su encierro de una vez por todas. Busco trapos y los coloco bajo la puerta asegurándome que quede bien sellada con cinta adhesiva. Camino hasta el cuarto de servicio y corto la luz eléctrica. En el baño tapo el desagüe y abro las llaves del agua; lo mismo hago en la cocina. Regreso a la sala y me recuesto sobre el sofá por horas, pensando en la probabilidad de un nuevo diluvio; será un gran desastre que causará

muerte entre los seres más desprotegidos. ¿Qué podrá ser de nosotros, tan débiles e indefensos ante el poder impredecible de la naturaleza?

El agua alcanza unos treinta centímetros de altura; me bajo del sofá, mis zapatos están empapados. De la pecera tomo con mis manos uno a uno los peces y los coloco en esta enorme piscina; ahora pueden sentir la libertad, y nadan de un lado a otro sin detenerse. Yo camino y los miro detenidamente; me siento Dios: les di a conocer lo que ignoraban. A lo mejor sucumbirán, pero vale más vivir un minuto feliz que cien sumidos en la tristeza. El agua ahora alcanza casi medio metro de altura. Me desnudo y finjo ser un pez; me revelo a mí mismo en la irrealidad. Todo está empapado, mis libros flotan, las pinturas comienzan a dañarse, se mojan cuando simulo ser una ballena batiendo sus aletas en el inmenso mar.

¿Qué irrelevantes momentos me depara la vida! Mientras lo reflexiono, abro la puerta y un torrente de agua fluye por las escaleras del edificio, arrastra libros, peces y hasta una silla; los vecinos no dejan de maldecirme. Yo me concentro en los escalones que parecen una hermosa cascada, por la cual se desborda parte de mi alma. Una vez que sale casi toda el agua, vuelvo al interior y cierro las llaves del agua. Recojo algunos peces y los coloco de nuevo en su realidad. ¿Cuánto tiempo me llevará arreglar este desastre?

Me visto y salgo del departamento. Al bajar siento miradas de odio, golpes. Oigo gritos, ofensas. ¿Qué me importa la vida, si estoy en este oscuro andar! Logro salir del edificio. Estoy exhausto y tomo un taxi para ir a un hotel cercano.

Despierto otro día más con la culpa sobre mi espalda, confuso y adolorido por dormir tantas horas. ¿Dónde quedó la agonía de mi corazón? No sé si ha desaparecido o sigue en esta habitación. Salgo del cuarto a media luz. Desconozco la hora, el sol se ocultó en el transcurso de mis sueños.

Al ir caminado observo dónde estoy. Algunos bares permanecen abiertos. Entro a uno de ellos, con una luz de neón en la entrada que dice "PUB"; la música suave, las risas y los grupos de amigos aún no están en el lugar. Pido un tarro de cerveza de barril y la tomo sin apreciar su sabor.

La gente comienza a llegar poco a poco. Es la tercera vez que estoy aquí. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez? ¿Para qué estar bebiendo de nuevo en este lugar? No recuerdo lo que hice ni lo que fui. ¿Qué caso tiene la vida si no hay sentimientos por descubrir?

Conforme pasan las horas, el alcohol se entremezcla con mis pensamientos. Sin querer platico con alguien; charlamos con hipocresía. ¿Qué puedo decir o pensar de sus palabras? No tiene importancia, como no lo tienen las botellas vacías, las risas, la música...

¿Qué pasa en las oscuras cavas? Vino embotellado por años para embrutecernos sin disfrutar su olor y sabor. Hay personas que guardan su virginidad por años. ¿Qué tanto vale esperar y quizá sentir que la primera vez nunca es como lo imaginas? Sólo sienten temor, dolor, culpa. ¿Por qué no vivir la vida con un sentido de placer? ¿Qué hay más allá del tiempo? No lo sé, ahora estoy aquí y eso es lo que importa. Pero si esto es inquietante, ¿cómo escapar de mi presente?...

¿Qué es lo que siento y por qué lo siento?

Busco amar, pero no hallo a nadie. Grito en la oscuridad, pero nadie me escucha.

Intento acercarme a las personas, pero sólo existe la distancia sin respuesta.

¡Maldita la hora en que intenté enamorarme de lo que no deseé! Mi habitación siempre arde de noche, qué placer recorre mi cuerpo, cómo me quema el alma... Así, paso las horas divagando entre temores, sufriendo y gozando. ¿Qué sensaciones se ocultan en mí? ¿Cómo saber hacia dónde voy si no quiero pensar en el futuro, inexistente para mí?

Miro la botella de cerveza y me pregunto cuántas horas he pasado con estos pensamientos, sin llegar a ningún lugar. La gente se retira. ¿Dónde quedó el bullicio? ¿Dónde están los amigos? Están ahí, borrachos en el suelo.

Detrás de mí se queda el bar y su enorme puerta de madera cerrada. ¿Qué demonios hacía yo en ese sitio? ¿Qué demonios hago viviendo encerrado la mayor parte del tiempo? Recuerdo días en los que me

encontraba perdido; ahora sé dónde estoy... En un eterno otoño; las hojas de los árboles no dejan de caer. Duermo en el día y en la noche permanezco despierto intentando dormir. ¿Qué puedo hacer ante el inminente tacto de la muerte cuando me susurra con su embriagante aliento en mi oído sordo?

Por fin llego a mi departamento. Me recuesto sobre la húmeda alfombra. Pienso que he dejado de hacer muchas cosas. He olvidado que son importantes. Creo que mi alma se escapó en un sueño y se encuentra muy lejos de mí. ¿Me habrá abandonado por no sentir? Ahora no hay nada, sólo una oquedad que nunca sospeché contener. Intento imaginar. Me abrazo en soledad. Siento que las caricias de mis brazos no son de mis brazos. Escucho una voz decir te amo; unos labios besarme. ¡Estoy loco! Me levanto y me observo en el espejo; no logro verme como quisiera ser. ¿Qué tan distorsionados están mis recuerdos? ¿Cómo me percibe la gente? No puedo ver lo que hay en mí. Estoy harto del girar de mis ideas. Voy a mi cuarto e intento dormir un poco.

Despierto con la idea de haber descansado. Este fin de semana me sirvió para reflexionar.

Veo la sala, la cocina y cada rincón desordenado: tengo que limpiar este caos... Será un día duro. Recojo la basura del suelo. Acomodo los libros y muebles. Abro las ventanas. Prendo la calefacción. Perfumo las habitaciones con incienso. Al finalizar la tarde, mi departamento parece diferente. ¿Lograré algún día cambiar de expresión? ¿Ser distinto de lo que ahora soy?...

Estoy cansado y necesito ducharme. Al sentir el agua caliente de la regadera me pierdo en la sensación que provoca su caricia en mi piel. Observo el vapor que se condensa en el techo formando gotas que caen estrellándose contra el suelo. Entrelazo mis manos y estiro mis brazos para relajarme. Dejo de afligirme. Salgo de la ducha, tomo una toalla y seco mi cuerpo. Me siento limpio y fresco. Voy a dormir para soñar con algo mejor que mi realidad.

El fin de semana ha terminado. Es tiempo de volver al trabajo. Las largas horas en la oficina me mantienen ocupado, me distraen, me ayudan a no pensar en mis aflicciones. Es curioso: en la mitad de la semana quiero que sean ya los días de descanso, y al llegar, no sé qué hacer, me atrapa la monotonía. Intento salir pero no puedo romper el círculo, ansío días especiales y disfrutarlos con plenitud pero no logro más que ahogarme en mis propias presiones y miedos. No me arriesgo a ir más allá... me limito a ver las paredes que me rodean.

¿Qué necesidad tengo de martirizarme? ¿Cuántas veces he tratado de buscar el origen de este dolor? A veces creo que disfruto deprimirme, sentirme ajeno.

Cómo olvidar los días cuando subía al cerro y me desnudaba para sentir el viento sobre mi cuerpo. ¿Qué placer puedo encontrar al recorrer las calles de la ciudad y ver los escaparates llenos de objetos pero vacíos de sentimientos?

Estoy ávido de compresión, de compartir este dolor. Lo que siento me traga por dentro. El azul y el negro me son indiferentes. Podría beber lo mismo agua que veneno, embrutecerme. Despertar mis ansias de besar, de coger, de gritar que me está prohibido masturbarme, que me está prohibido hacer el amor. ¿Cómo pretender hacerlo si no hay emoción en mi corazón? ¿Para qué decir palabras sin sentido, si mi intención es sólo provocar placer? ¿Dónde quedó el amor? ¿Por qué nace la culpa en mí cuando beso a alguien que no necesito? ¿Por qué me siento humillado al no encontrar lo que busco? No hay nadie que me acompañe en este suplicio.

Antes no me molestaba la idea de ir al parque, al cine, a la cama, completamente solo. Ahora me abrazo en las noches intentando abrigarme. ¿Dónde perdí el sentido de mi vida? Voy tras de ella intentando alcanzarla, el aspecto colérico de mi alma se agudiza con el silencio de la habitación. ¿Acaso vivo para sufrir? Me convertiré en mártir de mi propia esclavitud, encerrado en mi mundo y mis sueños, sin poder contarlos, sin poder gritar ¡soy feliz! Qué sentimiento tan repulsivo; soy feliz y ¿qué hacer? Reírme, besar a todos.

Observo a mi alrededor tratando de encontrar una fisura en mí que quiebre este muro que me sofoca. No la he hallado. No tengo ánimo de luchar para alcanzar la felicidad. ¿Qué puedo hacer? ¿Para qué me sirve el tiempo libre, si es cuando estoy más atado a mis temores? ¿Dónde está el principio y el fin de mis días? No lo sé, no lo sé.

Qué frágiles son mis pensamientos: van de un lado a otro buscando ligarse con la realidad.

Anoche soñé con estrellas y la luna que desaparecían al amanecer; las constelaciones y sus grandes distancias formaban caras en su profundidad, todas semejantes. Las flores y los ríos avanzaban arrogantes hacia el mar. El aire fresco de la mañana me deleitaba para saciar momentáneamente mi alma. También soñé con una mujer que conocí años atrás, la vi mirando el horizonte, lejos de perderse de la ruta que había hilvanado con su andar. Se encontraba de espaldas a mí. Corrí para contemplarla de frente, reconocí sus ojos, pero no su mirada. Vi el mar y las tinieblas, sentí el trueno y la agonía estallando en mi mente. Cerré los ojos y desperté. El corazón palpitaba calentando la sangre; había un olor a dolor, imposible de confundir cuando se vierte en llanto.

¿Qué será de mi sufrir si encarcelo las lágrimas en mis ojos, sin poder mirar el centro del temor? Los lamentos cerraron mi garganta. ¿Para qué necesito oírme sin alguien a mi lado que me escuche? ¿Para qué grito si sólo yo hago mis tímpanos vibrar?

Inconstantemente los recuerdos llegan a mí, como respuesta a mi constante desesperación.

Está amaneciendo. En este pequeño cuarto guardo mi sentir abarrotado de dolor.

Trato de saciar mi necesidad con la añoranza de lo vivido. Veo fotos y releo cartas una y otra vez; no puedo depender de ellas para siempre.

El otoño está acabando, las hojas ya no caen; el atardecer comienza a teñirse de rojo. Espero que el invierno no se vuelva contra mí y congele mi cuerpo, sin permitirme moverme: sólo mirar las frías paredes de mi

habitación, con sus gruesas cortinas que dejan pasar un poco de luz. El invierno es crudo, pero es más devastadora la realidad.

Qué largos me parecen los días, que consumen mis emociones. Los segundos parecen interminables; mis temores están cada vez más a flor de piel. La luz se apaga y aquí estoy, recostado en la cama buscando la respuesta en mis sueños; encuentro imágenes absurdas, lentos movimientos, personajes, y al final, al abrir mis párpados hinchados, resulta que la luz no me depara nada nuevo.

La noche es fría, mis sueños ya no me cobijan. Estoy estático en el tiempo, como si lo estático tuviera movimiento. Los espasmos del silencio hacen que parezca derrotado. Intento darle salida a mis sentimientos, ¿pero cómo?... ¿Qué pasa cuando me miro al espejo y mi figura parece resquebrajarse? Todos estos años se fueron al fango; ahora sé que el soporte de mi pasado es lo que está presente, y éste se encuentra enfermo. No sé cuánto tiempo llevo cayendo, aún no siento el golpe final.

La melancolía sacude mi cordura. ¿Dónde están los restos de mi piel? ¿Dónde la energía de mi cuerpo? ¿En qué lugar he de encontrar las lágrimas que apaguen mi fuego?

¿Qué hay detrás de mí? ¿Qué se oculta en mis pensamientos? ¿Qué hay en mis palabras describiendo el tiempo? ¿Qué será de mí el día en que la mente se sofoque con las ideas? ¿Qué será de mí si todo parece que yace muerto?

Algunas veces escucho el soneto de lo bello; son señales y reflejos de lo que no intento.

Pobre de mí, me lastimo y me tengo lástima.

Sobre la mesa está el jarrón roto escurriendo el agua que preparé hace mucho tiempo, manchando el mantel que tejí quien me engendró. La gestación está a punto de ocurrir, de partir el corazón en dos para que salga el huevo que se incuba con dolor. La mecedora mueve mi cuerpo; me acompaña el rechinar de la vieja madera. Las flores de la buganvilia se

encuentran dispersas por el suelo; su aroma extraño, su efecto, me contagia de inmediato. Así, vuelvo a sucumbir, una y otra vez, ante los embates del recuerdo, que es todo lo que tengo.

EL MORIBUNDO

–¡Sssssh!... ¡Cállense!... –dijo el herido recostado en la cama del hospital.

Los ahí presentes enmudecieron, se hizo un silencio. El convaleciente escuchó el último latido de su corazón... Entonces, el silencio se agudizó.

¡QUÉ RARO!

Una gota de sudor resbaló por mi rostro. ¡Qué raro!, no hacía calor. No le di importancia.

Después sentí hambre, estiré mi mano hasta agarrar un trozo de algo que parecía pan, lo llevé a mi boca pero... no tenía dientes, no podía masticar. Tampoco le presté atención.

Cuando sí me empecé a preocupar fue en el momento que vi a miles de gusanos a mi alrededor... ¡Y es que no podía soportar tanto cuchicheo que salía y entraba por mis oídos!

LA PREGUNTA

El aire frío del invierno se filtraba por las puertas del bar. La media luz de las lámparas y el puñado de personas que se encontraban en el lugar me hicieron sentir nostálgico.

Bebía una copa de vino tinto para entrar en calor, entretenido miraba las manchas y figuras que se habían formado en la mesa de madera, ocasionadas por las quemaduras de cigarro y rayones que la gente hizo.

Una mujer a lo lejos llamó mi atención: alta, delgada, ojos verdes, labios gruesos, con el cabello recogido. Caminaba con mucha seguridad. Usaba un vestido negro y entallado, con apertura a un costado, que al moverse dejaba ver su pierna; invitaba a imaginar la belleza del resto de su piel. La gente la miraba y ella parecía disfrutarlo.

Conforme la chica se acercaba, pude distinguir más claramente sus facciones y el aroma de su perfume; su exquisitez se apoderó de mí. Se detuvo a escasos centímetros de donde me encontraba. Me miró a los ojos. Mi corazón se aceleró. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, quedé atónito. En un instante ella borró su discreta pero inquietante sonrisa, se puso detrás de mí, me rodeó por la espalda con sus brazos y susurrándome al oído dijo: Sometimes... I wish I was dead!

La frialdad de sus palabras hizo presa de mí. Me quedé sentado. Confundido, la vi retirarse despacio hacia la salida, con la misma seguridad con la que entró.

Nunca logré olvidar su rostro y sus palabras; aún vengo a este lugar a esperar el día en que ella aparezca para preguntarle: ¿Por qué una mujer tan hermosa desea la muerte?

La respuesta, quizá, nunca la sabré...

AGONIZANTE

Nunca pensé que me encontraría tan desilusionado, no imaginé que gritaría con tal desesperación que, al hacerlo, el alma escapara de mí.

Ésta cayó al suelo y se revolcó en el lodo: como un gusano bañado en sal, parecía deshacerse, se retorció, se contraía, se asfixiaba en su propia agonía.

Traté de recogerla apresurado, la toqué, y al sentirla y ver su aspecto me dio tanto asco que creí vomitar el corazón.

Me sentí morir.

Mis ojos se desorbitaron, todo se oscureció, mi cuerpo cayó inerte en el suelo.

En una extraña visión, vi mi corazón palpar sobre el piso; salpicaba sangre por doquier y trataba de alcanzar al alma para abrazarla, como si eso me fuera a salvar la vida. Se empeñó en llegar a ella, arrastrándose en el lodo. Después de un gran esfuerzo la alcanzó. Al estar junto a ella, la apretó con tanta desesperación que el alma gritó gravemente. En ese instante, el corazón quedó mudo y sin movimiento.

Mi alma lloró por horas viendo el cuerpo que yacía en el suelo, al igual que el corazón. No había más por hacer. En su última esperanza, los movió hasta juntarlos; se posó a su lado, sintiendo el poco calor que emanaban.

Ahí permaneció en total sigilo, y esperó el susurro del tiempo que le indicaría el camino frente a lo incierto.

AL DESPERTAR

Últimamente he soñado con un monstruo que devora, que destroza, que desangra, que perturba.

Me estremezco con esas imágenes.

Siempre me despierto cuando este ser repugnante es asesinado violentamente, descuartizado y despellejado por las manos de su captor, que se tiñen de rojo; sus ojos parecen gozar...

Al darme cuenta de mi pesadilla, me invade una terrible angustia. En mis sueños el que se mata soy yo.

LOS SOÑADORES

—¡A ver, cabrones, todos al suelo o me los chingo! ¡Hey, pendejo, ni un paso atrás! —dijo el asaltante con su mirada dura y penetrante, al tiempo que señalaba al joven que intentó escabullirse.

»¡Les dije que todos al suelo! —volvió a gritar.

Toda la gente, temerosa, hizo lo que el hampón indicaba.

El delincuente caminaba entre los clientes del banco, golpeando sus cuerpos con la punta del rifle. De reojo observaba cómo dos de sus compañeros amagaban a los cajeros, evitando que sonara la alarma.

Los vigilantes del banco habían sido sedados unos minutos antes y se encontraban tumbados detrás de un escritorio.

En la entrada se localizaba un ladrón más.

—¡Cierren los ojos, hijos de la chingada! ¡Pinche vieja, cállese, no me haga hacer una estupidez! —gritó el jefe de la banda.

—¡Escuchen las instrucciones que les voy a dar! ¡Pobre de quien no las siga!...

»¡Primera! —sonó su voz imponente—: ¡les voy a poner una prueba de fe y se ponen a pensar en lo que les voy a preguntar!... ¿Acaso existe Dios? ¡Segunda!: quien no esté concentrado y en silencio lo mato, no por no tener fe en Dios, sino en mi pregunta. ¡Tercera!: quien se mueva me lo quiebro dos veces. Le meto un balazo en la cabeza por pendejo y moverse, y después, lo remato en el corazón por la poca atención que mostró ante un asunto tan filosófico. ¿Entendieron?... ¡No escucho su respuesta! —El maleante miró a todos y puso su mano en la oreja como queriendo escuchar una contestación—. ¿Entendieron? Así está bien, cabrones, no quiero que me respondan; veo que están ya concentrados en su tarea.

Comenzó a reírse burlescamente, disfrutando la escena.

A Carlos le apodaban “El General” por su gruesa y potente voz; quien lo escuchaba difícilmente podía contradecirlo. Era alto, aproximadamente un metro noventa, corpulento —aunque a pesar de tener kilos de más se movía con agilidad—, tez blanca y ojos claros.

Carlos soñaba con tener mucho dinero y dedicarse a ser actor, pero no un actor de cine, ni de televisión, ni andar en nada de eso que llaman el medio de la farándula, no... Él soñaba con hacer teatro, teatro de la calle; quería representar obras en los bulevares de la ciudad, en los barrios, en las escuelas de México y, por qué no, decía, “recorrer Latinoamérica vestido con sus disfraces y personajes”. Deseaba ser el mejor actor callejero, personificar como nadie las pasiones, los dramas, las comedias de la vida.

Él fue el encargado de idear el robo. Acostumbraba pararse frente al espejo y ensayar por horas cada diálogo, gesto, movimiento y tiempo de sus golpes. Recreaba las escenas en su mente, como si estuviera viendo una película o una obra. Imaginaba a la gente que se hallaría en el lugar, cómo reaccionarían ante las palabras. Los compañeros de la banda comentaban que él era una especie de brujo, pues los robos salían tal como los había planeado; por esa razón, seguían fielmente cada una de sus órdenes, no había discusión al respecto.

La banda se integraba por tres personas más, “El Vigía” y “La Pareja”.

Pedro, “El Vigía”, se encargaba de toda la seguridad; él fue quien sedó a los dos vigilantes del banco. Otra de sus tareas era averiguar los posibles accesos y salidas, deshabilitándolas para dejar sólo un par de opciones seguras para escapar. Durante los asaltos se encontraba en la puerta vigilando que la policía no llegara; echaba de vez en cuando un vistazo al interior del lugar para avisar de algún movimiento sospechoso. Y literalmente “El Vigía” echaba un vistazo, ya que era tuerto.

Desde niño usaba un parche negro que cubría su horrible cicatriz, debido a que en una ocasión su padre alcohólico estaba golpeando salvajemente a su mamá, Pedro se acercó para defenderla, y en el forcejeo su papá le clavó una botella rota en el ojo.

“El Vigía” deseaba dar un gran golpe y hacerse una cirugía plástica, quitarse la espantosa cicatriz y comprarse una prótesis para poder verse frente al espejo con dos ojos, aunque en realidad sólo pudiera verse con uno.

A los otros dos miembros de la banda les apodaban “La Pareja”. Se llamaban Leonardo y Carmen, y su sobrenombre no sólo era por el hecho de ser novios sino porque todo lo hacían juntos. Su ideal era obtener un gran botín, irse del país, tal vez a Brasil, Argentina o Chile, comprarse una cabaña en las montañas, esquiar, tomar buenos vinos, comer quesos finos al calor de la chimenea, tener hijos y darles una buena educación, diferente a la de ellos.

Los delincuentes se conocieron por azar del destino: en una ciudad tan grande como la de México, en la que ocurren incidentes casi inexplicables, todos en el mismo día, el mismo lugar y la misma hora, pero cada quien por separado, intentaron robar una joyería sin lograrlo; la confusión de la situación se los impidió. Y ahí, de esa extraña coincidencia, fue que nació la banda de “Los Soñadores”.

Llevaban cinco años robando casas, joyas en fiestas de gente rica, supermercados, pero no lo suficiente para retirarse y cumplir su sueño. Por esa razón decidieron ir más allá, robar un banco y retirarse de la delincuencia. Lo planearon por más de diez meses.

Dentro del banco “El General” caminaba de un lado a otro entre los rehenes, “El Vigía” miraba las calles aledañas al banco, “La Pareja” estaba en las cajas sometiendo a los cajeros.

–¡Pareja!, amarren de volada a los pinches cajeros y saquen el dinero –dijo la orden “El General”.

–Ya acabamos, vamos por la lana –respondió Leonardo, al tiempo que le daba dos de las cuatro maletas vacías a Carmen.

Se dirigieron hacia la bóveda que se hallaba abierta, ya que el gerente del banco, debido a su sobrepeso y a la ligereza de su cerebro, tenía el peculiar descuido de entrar siempre a la misma hora y tomar una siesta.

Les decía a sus empleados que por órdenes de los directores debía verificar la seguridad de los valores. Carmen se enteró de esta situación hace unos años, cuando trabajaba en un banco y su jefe era el gerente, quien desde entonces dejaba la bóveda abierta, ya que en una ocasión se quedó dormido y despertó después de las siete de la noche, hora en que el sistema del banco activó el cierre automático de la bóveda; estuvo encerrado hasta la mañana siguiente.

Leonardo y Carmen prosiguieron el plan, encontraron al gerente dormitando, bastó con poner un pañuelo con éter sobre su nariz y olvidarse de él.

Metieron apresuradamente en las maletas los dólares y fajos de billetes de alta denominación, así como joyas que pudieron sacar de las cajas de seguridad, ya que el gerente siempre cargaba las llaves.

Afuera del banco, caminaban un par de judiciales. Venían de un hotel de paso cercano al banco llamado “La Gloria”; acababan de salir de extorsionar a unas prostitutas: se acostaron con ellas y les quitaron el dinero que traían.

Uno de los agentes se llamaba Juan, pero le decían “El Alcancía”. Le gustaba disparar a todo delincuente que se movía y al hacerlo gritaba: “Ahí les van los pedazos de metal, cabrones, para que me los guarden un ratito, hasta que se los saque Dios quiera el forense y si no... pues ni pedo... el cirujano”.

El otro judicial se hacía llamar “El Sin Fe”; se decía que una vez que disparaba la primera bala, se dudaba que algún delincuente sobreviviera. Tenía la mejor puntería de la policía y siempre tiraba a matar.

Estaban en la esquina del banco, a unos cincuenta metros, cuando vieron que una persona se asomó nerviosamente mirando de un lado a otro.

—¿Ya viste, compadre? Creo que esta tarde nuestras fuscas van a tener acción... —dijo “El Sin Fe”.

—Sigamos de frente, tú te quedas en la otra esquina y yo me doy la

vuelta a la calle para ver si hay algún cabrón esperándolos... Te aviso por el radio cómo está el pedo. No pidas refuerzos, solamente en caso de que algún culero logre salir –dijo “El Alcancía”.

Llegando a la esquina, se separaron.

“El Alcancía” caminó deprisa hasta dar la vuelta y colocarse al otro lado de su compañero. Tenían cubiertas sus posiciones.

–Está libre, no hay nadie; yo me quedo aquí..., tú acércate lo más que puedas sin que te vean y me dices qué ocurre.

–¡Va!

“El Sin Fe” se acercó lo más que pudo y se escondió entre los autos. A lo lejos vio a dos hombres, uno en la puerta y otro caminando de un lado a otro dentro del banco.

–Al parecer son dos... un pinche tuerto en la puerta y un gordo alto adentro. Al sin ojo lo tengo en la mira y me lo puedo quebrar...

–¡Aguanta, cabrón!, fíjate qué más ocurre... –le ordenó “El Alcancía”. Dentro del banco el plan siguió.

–¿Ya está todo? –preguntó Leonardo apresurando a Carmen.

–¡Vámonos!, ya la hicimos...

–Toma las maletas. Saliendo ya sabes lo que hay que hacer; ¿tienes alguna duda?

–No.

Salieron con las maletas llenas. “El General”, al verlos, arrebató una maleta a cada uno, sujetándolas con la mano izquierda; con la otra sostenía el arma.

–¡No se muevan, hijos de la chingada... Sigán quietos y filosofando!

–gritó “El General” a los rehenes-. Vigía, ¿todo bien?

“El Vigía” echó un último vistazo a la calle y no vio nada fuera de lo normal.

–¡Sí, todo en orden!, está libre y los polis aún dormidos, pero no tardan en despertar. –Se acercó a Carlos y tomó una de las maletas.

“El General” colgó en su espalda el botín, sacó una pistola que guardaba en su cintura, de tal manera que ahora tenía en cada mano un arma.

Escondido, “El Sin Fe” no perdía detalle.

–Ahí vienen otros dos... Creo que es una pinche vieja y un güey, cada uno con dos maletas; salen de las cajas... ¡Se va poner buena la pinche rebambaramba! –sonaba en el radio de “El Alcantía”.

–¡Deja que estén en la puerta para chingártelos! Yo de aquí me los puedo torcer si intentan escapar por este lado...

–Le están entregando dos maletas al gordo... ¡Aguas!, el tuerto está husmeando, ¡creo que ya se van!...

“Los Soñadores” estaban por huir del banco... Antes de salir, se miraron con la ilusión de una vida mejor.

–¡Vámonos!... ¡Vigía!, tú primero, como quedamos. ¡Pareja!, detrás de mí.

Los cuatro se dirigieron apresurados a la salida.

Dentro y fuera del banco se cortaron cartuchos... La pólvora estaba lista para explotar.

–Ya vienen ahora sí; al frente viene el tuerto, lo tengo en la mira, le voy a volar la pinche cabeza al cabrón...

–¡Espera, espera! ¡No te precipites!

“El Vigía” y “El General” estaban en la calle y “La Pareja” se encontraba justo en la puerta cuando sonó un seco disparo proveniente de la pistola de “El Sin Fe”.

“El Vigía” volteó por instinto hacia donde salió el sonido –le recordó el eco de la botella que rompió su padre– y percibió la imagen fugaz de una bala que entraba por su único ojo. Se sintió ciego, su sueño se esfumó como su vida, cayó al suelo.

Hubo confusión dentro y fuera del banco.

Se escucharon tiros provenientes de todas partes. “El General” ya sangraba del estómago, pero no se dobló; “La Pareja” salió por el lado contrario del que se encontraba “El Alcantía”.

–¡Ya se los cargó la chingada! –gritó uno de los agentes, al tiempo que ambos tiraban hacia los delincuentes.

“El General” disparaba con ambas manos a los dos judiciales que se acercaban, permitiendo la huida de sus dos compañeros.

–¡Tengan, hijos de puta!... Yo también sé disparar –gritaba “El General” descargando sus armas una y otra vez–. ¡Pareja, lárguense! ¡Corran! ¡Corran! –gritaba con fuerza. En su interior pensaba: “Esto no estaba contemplado, pero siempre hay que improvisar”.

“La Pareja” logró huir y llegar al auto que estaba a dos calles de la balacera.

–¡Vámonos! ¡Vámonos! Súbete, creo que lo vamos a lograr–. Leonardo manejaba tan rápido como podía.

En el banco uno de los cajeros había accionado la alarma; las patrullas venían en camino.

“El General”, malherido, seguía disparando. Sin saberlo cumplía su sueño: el papel que estaba improvisando nunca antes había sido tan real, fue la mejor actuación de su vida. No había público que le fuera aplaudir, no había certeza del final. Él era el mejor espectador y el mejor actor que pudo haber imaginado.

“El Sin Fe” dejó a su compañero acabar de guardar todo el plomo que tenía de reserva para “El General” y corrió detrás de los ladrones que huyeron. Los vio en la esquina, dentro de un auto a toda velocidad. Por la radio dio aviso del modelo y color del vehículo.

–¡Ahí te van estos pedazos de metal, cabrón!... ¡Para que me los guardes un ratito, hasta que te los saque Dios quiera el forense y si no... pues ni pedo... el cirujano! –gritaba “El Alcancía” con malicia–. ¡Aunque como te veo, creo que ya te cargó la chingada!

“El General” quedó en el suelo, desangrándose, vencido por su cuerpo, por las balas y por verse en una escena que no tenía contemplada, en un final inesperado de su propia obra..., derrotado por el peso de sus sueños rotos.

“El Alcancía” seguía acercándose y disparando al cuerpo sin vida. Al llegar, dio todavía un último tiro diciendo:

—¡Ni pedo, pinche gordito!... Quién te manda ser tan glotón; mira cómo te dejé llenito de puro metal.

El agente entró al banco para inspeccionar el lugar. Las personas lloraban y algunos, invadidos por los nervios, intentaban pararse con dificultad.

—¡Guarden la calma! —dijo el policía—, ya pasó todo, tranquilos, están a salvo; dos de los ladrones tengan la seguridad que no le harán daño a nadie nunca más. Quédense sentados, las patrullas y el servicio médico no tardan en llegar.

Salió del banco y se comunicó con su compañero...

—¡“Sin Fe”! ¿Cómo va todo? ¿Ya agarraste a ese par de cabrones?

—No, pero en eso estoy, voy con la patrulla detrás de ellos. Tú quédate ahí, ya pedí refuerzos y seguro los emboscamos.

—¡No me falles y cógete a esos dos!...

- ¡No te preocupes!, es cuestión de minutos...

“El Alcancía” regresó al banco. “El Sin Fe”, que conocía bien la ciudad, dio instrucciones por la radio a las patrullas para dejar sin escapatoria a los ladrones.

Carmen disparaba contra el policía que los perseguía.

—¡Carmen, chíngatelo!... Estamos por lograrlo; a unas calles se encuentran las motocicletas, ahí nos separamos y nos vemos en el aeropuerto. ¡Ya verás cómo va a salir todo bien! ¡Tiene que ser así!...

—¡Lo sé! ¡Lo sé!... sólo que...

Carmen no completó la frase; su voz fue presa de la incertidumbre.

Estaban por dar vuelta a la izquierda cuando vieron a dos patrullas que venían por esa avenida; una ráfaga de balas cruzó el aire impactándose en el auto, se escuchó un ruido ensordecedor. Sus corazones se aceleraron, un cúmulo de ilusiones vino a sus memorias, fantasías que parecían resquebrajarse como los vidrios del auto que estallaban en mil pedazos;

algunos fragmentos se incrustaron en sus rostros, unos rostros desesperados.

Leonardo aceleró casi perdiendo el control del auto, pero logró escabullirse. Trató de guardar la calma y pensar...

–¿Estás bien, Carmen? –le preguntó viendo si no estaba malherida.

Carmen no respondió... Se encontraba muy asustada.

–¡Carmen! ¡Contesta, chingada madre! ¿Estás bien?... –le gritó.

–¡Estoy bien! ¡Estoy bien!... –Al reaccionar, sintió un ardor en su costado que ya sangraba; no se quejó, no quiso asustar a Leonardo.

–Ok, ok, vamos a salir de ésta, no te preocupes –dijo intentando hablar con voz firme, pero ni él mismo logró convencerse.

Leonardo vio a Carmen: tenía la mirada perdida, algo estaba mal; miró el asiento y se percató de la sangre que le escurría. Un escalofrío le recorrió el cuerpo; no habló..., sólo atinó a estirar su mano hacia Carmen y acariciar por unos segundos su cabello.

–¡Vamos a salir bien! ¡Nos iremos juntos! ¡Fue nuestra promesa!...

¡Nuestros sueños se harán realidad!... –Su voz sonaba apagada, su mirada ya no tenía brillo.

Al llegar a la siguiente avenida se toparon con más patrullas. Volvió a sonar una ráfaga de proyectiles.

El estruendo de las ilusiones rotas hizo que Leonardo perdiera el control, estrellando el auto en la esquina.

Carmen había muerto.

Leonardo dejó ir sus anhelos y con ellos se fue su vida.

SENTIMIENTOS

Sentimientos de tristeza van haciendo añicos mi corazón.

El dolor fluye por mis venas; desesperado, quisiera rasgarlas. ¿Cómo tranquilizar mi mente si escucho miles de voces que hacen un eco insoportable? Quisiera darme ánimo, pero no puedo. Me siento desvanecer a plena luz del día, queriendo no existir, apartarme de todo, no mirar, dormir sin tener pesadillas, soñar sin despertar.

Estoy atado a una ciudad, a un tiempo del cual no puedo escapar. Me encuentro encadenado a un sentimiento que no me permite ser libre, que no puedo entregar.

Una agonía me parecen estos días.

Quiero llorar y mis ojos me niegan ese desahogo.

Cielo, deja caer sobre mí la furia de tu tormenta. Viento, arrástrame. Mar, sumérgeme en tu profunda quietud, ahógame en ti, no me dejes respirar.

DESESPERACIÓN

La gente corría confusa en las calles, sin saber a dónde se dirigían; gritaban, tenían miedo, horror por lo que sucedió. Muchos niños estaban perdidos entre la multitud. Los padres lloraban a sus hijos muertos. Las ambulancias y la sirena de los bomberos se escuchaban por doquier. El humo de los incendios y el polvo de los escombros hacían más lúgubre la ciudad. Se vivía un caos.

Los rescatistas trabajaban incansablemente con picos y palas tratando de resquebrajar el concreto, sacando restos de edificios que en segundos la naturaleza había hecho añicos y que antes fueron hermosas construcciones, pero que en ese momento sólo eran símbolo de muerte y destrucción.

En el rostro de las personas se percibía la impotencia y la desesperación; se preguntaban: ¿cuántas horas y cuántas piedras tendremos que mover para encontrar a alguien con vida? Nadie lo sabía. Solamente tenían fe y esperanza, ante sus cansados brazos y piernas. Sentían frustración al escuchar gritos bajo los escombros; muchas veces el tiempo y el esfuerzo no eran suficientes para alejar a la muerte que sofocaba con su aliento a los cuerpos atrapados entre las rocas y las varillas retorcidas –cárceles sin escapatoria–, sentenciados a muerte injustamente por haber estado en el lugar equivocado.

Transcurrieron las horas y no se perdía la ilusión de rescatar algún sobreviviente. De un lugar se escuchó el grito de un socorrista:

–¡Hey, vengan! ¡Está vivo! ¡Rápido! –Varios corrieron a ver qué era lo que estaba sucediendo; una mano debajo de una losa se movía débilmente.

–¡Nos escucha! –gritó el socorrista.

–¡No se preocupe, lo vamos a sacar! ¡Tranquilo!

No se percibió ni un susurro, sólo el movimiento indicó que se encontraba con vida.

Se inició el retiro de escombros. Poco a poco, con la voluntad de hombres y mujeres quedó limpia la losa para levantarla, la taladraron con cuidado y la amarraron con un cable de acero para jalarla con una grúa; fueron horas de desgastante labor, las palabras de aliento no faltaron. No había otra manera de salvarlo.

Un voluntario gritó:

–¡Con cuidado! No se vaya a reventar.

–¡Ya está listo! Álcenlo –dijo otra persona.

–¡Aléjense de ahí! ¡Vamos! ¡Rápido!

La gente se retiró unos cuantos metros del lugar. La enorme grúa no había levantado ni un centímetro el bloque de concreto cuando el cable se rompió. Los voluntarios corrieron desesperados para ver si la persona se encontraba aún con vida.

–¿Te encuentras bien? ¡Responde!

–¡No se mueve! ¡Está muerto! –La voz del socorrista sonó desilusionada; se volvió hacia las personas buscando ánimo.

–¡Hey! ¿Me escuchas? –gritó repetidas veces.

Estuvieron tres o cuatro minutos llamándolo; poco a poco la gente se retiró cabizbaja, con el fracaso en su corazón, pero de pronto surgió una esperanza.

–¡Sobrevivió, no ha muerto, su mano se movió! –gritó un joven que se había sumado a la ayuda.

Todos corrieron nuevamente a trabajar; el anhelo de rescatarlo los llenó de energía. Amarraron un cable más grueso. El maquinista comenzó a levantar poco a poco la pesada carga, y ésta se elevó unos treinta centímetros. Alguien se asomó cuidadosamente: varias ratas salieron corriendo; sólo había un brazo mordisqueado. Los animales se encontraban tragando la carne, jalando los tendones de los dedos.

–¡Malditas ratas, se arrastran bajo la tierra en busca de restos humanos, solamente ellas pueden ver lo que hay debajo! –dijo un socorrista que se retiraba del lugar.

Los voluntarios se alejaron con lágrimas en los rostros, desesperados y llenos de frustración; sin embargo, llevaron a otra parte su aliento. Su ilusión era ver vida debajo de la ciudad.

LAS MEZCLAS NO SON BUENAS

Golpeó su rostro con fuerza. Sus manos ensangrentadas no podían resistir ni un impacto más; no gritó, no miró, no pensó.

Una canción sonaba a lo lejos, repitiéndose la estrofa que una mujer cantaba con voz ronca y sufrida: “Soy como un río tragado por el sediento mar, podría vaciar mi sangre en ti y nada te será suficiente, siempre pedirás más y más”.

Javier andaba de un lado a otro en su departamento. Su cara estaba hinchada, sus ojos morados, llorosos...

Una botella vacía de whisky se deslizó por el pasillo al chocar con sus pies cuando se dirigía al cuarto de servicio... Una vez ahí, se tumbó en la ropa sucia, tomó una sábana vieja con manchas de semen y sangre, y se limpió el rostro al mismo tiempo que pensaba en la muerte.

Recostado, repasó las circunstancias que lo arrastraron a estar así... Ninguna tenía explicación para él; ¿cómo había llegado a esa situación?... No logró descifrarlo.

“¡No tiene sentido, nada tiene sentido!”

El dolor que sentía en el plexo solar se agudizó. Lloró hasta sentirse un poco aliviado.

Metió su mano en uno de los bolsillos y sacó su último cigarro de marihuana. Dio una fumada larga y el humo se internó hasta el fondo de sus pulmones.

“¡Las mezclas no son buenas, nada buenas!”, se dijo con una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes ensangrentados.

Al cabo de unos minutos, ya nada le dolía, ya nada le importaba. Todo había sido absurdo, un capricho de las circunstancias.

Javier había querido ser normal, pero no... la vida, el destino, Dios o

quién sabe quién demonios lo habían colocado ahí, precisamente ahí.

Despertó hasta el otro día; aún sentía los efectos de la droga. Se levantó y caminó por instinto hacia el baño. Casi no podía abrir los ojos. Tropezó con envases de cerveza y licor regados en el suelo, y estuvo a punto de caer pero logró sostenerse en la mesa; sobre ella palpó un poco de cocaína. Se dio un jalón.

“¡Esto me animará!”, pensó.

Al llegar al baño, abrió la regadera y comenzó a ducharse; con el agua las heridas le ardieron, la sangre coagulada en su cara se desprendió como lodo. Esta vez, el cuerpo entero estaba rasgado con pequeñas cortaduras realizadas con un cúter viejo y oxidado. La noche anterior lo había utilizado debido al efecto de la droga y el alcohol: alucinado, desprendió partes de su piel, creyendo que era la cáscara de una enorme manzana, la cual se tragó al mismo tiempo que la pelaba.

Conforme su piel fue quedando al descubierto, Javier se asustó más. Recordó lo que pasó: la noche anterior no fue como las otras.

Salió dando un brusco salto de la regadera, resbaló y se dio un duro golpe en la boca con la taza del baño; los dientes cayeron resquebrajados. No le importó; otra cosa le agobiaba más. Buscó el espejo del baño y, al estar frente a él, logró apenas ver una figura borrosa: no tenía cejas ni pestañas y sus ojos estaban inservibles.

Se lamentó de no haberse hecho más daño.

A TRAVÉS DE LA VENTANA

Desde el segundo piso, todas las mañanas, Felipe sentía los primeros rayos de sol que le iluminaban el rostro. La luz se colaba a través de la amplia ventana, y desde ahí contemplaba la calle. Disfrutaba el calor en su blanca piel. Cuando se miraba, recordaba el color de la harina con la que su madre preparaba las galletas y panecillos que tanto le gustaban; los engullía como dulces, uno tras otro, igual que un niño, pero él ya no era un pequeño, aunque a veces toda su familia lo trataba así.

Él no recordaba el día ni el mes en que nació, pero la semana pasada, su tía Flora se encargó de hacérselo saber.

La tía Flora era una vieja regordeta que acostumbraba usar vestidos ajustados. La grasa acumulada en su abdomen y caderas se deformaba aún más con su ropa. Sus labios los pintaba siempre de rojo. Utilizaba una dentadura postiza que acomodaba a escondidas de la gente, excepto de Felipe; y no sólo se acomodaba los dientes: también tenía la costumbre de pararse frente a él y desajustarse el brasier para mostrarle sus tetas flácidas.

El día del cumpleaños de Felipe, la tía, que hasta ahora solamente se había limitado a exhibirse, decidió ir más allá, se acercó hasta donde él estaba sentado y le dijo: “Cabroncito, así que ahora tienes veintidós años, por eso te voy a dar un regalito”, se abrió la blusa y el sostén, agarró la mano de su sobrino para que le tocara los pechos, y después le ayudó a introducir uno de sus dedos dentro de su vagina que, inmediatamente, desprendió un olor a rancio.

La tía Flora lo miraba con cierto desprecio: “Ya, cabrón pendejito..., fue suficiente para tu cumpleaños”, dio uno pasos atrás, se acomodó el calzón, se abrochó el brasier y la blusa, salió inmediatamente del cuarto y cerró con fuerza la puerta de madera, que crujía cada vez que alguien entraba o salía.

Felipe se quedó con una emoción que nunca antes había sentido; su corazón estaba acelerado, el sudor en su frente le escurría hasta sus mejillas, en su entrepierna notó que una parte de su cuerpo estaba más abultada de lo normal. A pesar de no saber qué le sucedió, la experiencia no le desagradó. Nunca antes había tocado el cuerpo de una mujer; había, sí, visto el cuerpo desnudo de su madre y de sus hermanas, pero no sentido el calor y la humedad que guardan debajo de su ropa.

Lo que sintió el día de su cumpleaños le hizo pensar casi de inmediato en su vecina, a la que por años disfrutó observar a través de la ventana.

De pequeño, veía cómo la niña salía del portón de madera que se ubicaba justo en la casa de enfrente. Casi todas las mañanas, ella aparecía con un listón rojo que le sujetaba el cabello, con un uniforme verde olivo y una mochila cargada en su espalda; caminaba apresurada y se perdía en la esquina, por donde volvía después de varias horas. Por la tarde la observaba cuando corría por toda la calle jugando detrás de sus amigos, con su gracioso cabello rizado y negro que parecía bailar con las risas. Él quería estar ahí, correr, saltar, reír; llegó a pensar que él no era una persona sino unos ojos adheridos a una silla de ruedas, que miraban el transcurrir del tiempo rodeado de paredes y vidrios... Se sentía atado, con movimientos involuntarios y voz entrecortada; sabía que no era una persona normal. Tenía mucha rabia dentro, tristeza y unas ganas terribles de caminar, de gritar, de controlar su habla, su cuerpo.

Felipe vivía con su familia en un sencillo departamento, que consistía en una pequeña cocina con comedor y un cuarto. Tenía dos hermanas que dormían en una litera: Elena, de catorce años de edad y una barriga rellena que la hacía ver aún más inocente, y Berenice, de dieciocho años y con un par de pechos tan grandes como los de la tía Flora pero que parecían estar tan duros como un melón. Su mamá dormía en una cama frente a la litera y él en un pequeño camastro.

En la recámara había un armario viejo, lo suficientemente grande para que su madre y hermanas guardaran su ropa.

Los calcetines y calzones de Felipe se amontonaban en pequeñas cajas de cartón debajo de su camastro. Sus camisetas y pantalones estaban perfectamente acomodados en huacales que su mamá había adornado con recortes de periódico y revistas pegados con engrudo.

Por las mañanas, siempre le servían el desayuno después de las siete, una vez que todas habían terminado; por lo regular le preparaban huevos revueltos, un pedazo de bolillo o tortilla y leche con azúcar o chocolate. Una vez que daba el último bocado, su madre lo llevaba a su sitio habitual.

En el transcurso de la mañana, Felipe dormía esporádicamente, pero la mayor parte del tiempo miraba pasar a la gente o a los perros callejeros que se orinaban siempre en la esquina y en las llantas desinfladas del viejo automóvil abandonado, con la pintura café descarapelada y los vidrios rotos, por donde la gente arrojaba toda clase de basura.

Hace unos meses, durante la noche, algunos niños arrojaron cuetes dentro del auto, lo que provocó un incendio. Los vecinos corrieron apresurados con cubetas llenas de agua para apagar las llamas. La muchedumbre se detuvo sólo para curiosear y se alejó del lugar cuando el fuego se consumió. La calle quedó sola. Felipe estuvo contemplando por varios minutos cómo una columna de humo se elevaba suavemente en espiral hacia el cielo, y quiso ser la punta de esa delgada línea gris para poder mirar las casas del vecindario desde lo alto.

Todas las mañanas permanecía sentado hasta las dos de la tarde. Su hermana la más pequeña regresaba de la escuela y lo movía para llevarlo al baño o para cambiarlo, ya que a veces no podía aguantarse las ganas de orinar... Cómo odiaba esas largas horas y cómo le dolía el estómago de tanto esperar.

Por las tardes todo era diferente. Después de llevarlo al baño, su hermana le daba de comer y luego lo acostaba en la cama para ayudarlo a hacer algunos ejercicios y estirar sus piernas y brazos; le daba masaje en los pies y la espalda, y le contaba anécdotas de la escuela. Elena no dudaba que la escuchaba con atención, porque a pesar del retraso mental de su

hermano, él la veía fijamente a los ojos, y cuando se distraía, dirigía su vista hacia otro lado. También sabía que a él le gustaba la vecina, en una ocasión se acercó para llevarlo a comer y vio que su hermano tenía la mirada fija en la joven; Elena le dijo: “Ahora ya sé por qué te gusta estar aquí, para mirar a Laura”. Ese nombre hizo feliz a Felipe; aquel día sintió que su vecina era más bonita, lo sobrecogió una sensación de libertad, como en aquel tiempo que lo llevaban de paseo al parque, y recordó el aire fresco y el aroma peculiar de los árboles y flores penetrando por su nariz. Supo el nombre de la joven y para él fue descubrir que sus sensaciones, sus sueños, el tiempo, el calor del sol en su piel, la calle, el ruido y todo a su alrededor se llamaba Laura.

Su madre era costurera en una cooperativa. Regresaba del trabajo a las ocho de la noche. Al llegar a su casa, lo primero que hacía era ir con Felipe y darle besos en la frente y las mejillas; luego lo abrazaba diciéndole: “¿Cómo te has portado el día de hoy? No has hecho desatinar a tu hermana, ¿verdad?...”. Después de acariciarlo por un rato, lo llevaba al baño para ducharlo; lo sentaba en una silla de plástico que tenía bajo la regadera, lo dejaba ahí con el agua tibia cayéndole, y al cabo de unos minutos llegaba para terminar de asearlo. Lo secaba, lo vestía, lo colocaba frente al espejo del pequeño buró para peinarlo, le ponía un poco de loción y siempre al terminar le decía: “Te ves muy guapo” al tiempo que lo llenaba de besos. Felipe se sentía muy guapo en ese momento. Cuando su madre lo acercaba a la ventana, una turbación le recorría todo el cuerpo haciéndolo sudar, se le aceleraba el corazón y le provocaba un breve dolor de cabeza; sin embargo, deseaba encontrar a Laura frente a sus ojos. Parecía que estuviera asistiendo a su primera cita.

Unas semanas antes, cuando observaba a la joven, todo era diferente; no tenía ningún deseo de acariciarla, de sentirla, de olerla. En cambio, ahora la imaginaba subir hasta su cuarto, quitarse la ropa frente a él. Soñaba que ella se acercaba para tomarlo de las manos, que él le acariciaba los pechos, el abdomen, que sentía su piel suave, tersa. Excitado, fantaseaba tener su

mano entre las piernas de Laura, dentro de su húmeda y cálida vagina, de la cual se desprendía no un olor amargo, sino un suave perfume parecido al pan y las galletas que horneaba su mamá, un olor a chocolate, a los dulces de anís...

A veces, la había visto salir con un joven que la visitaba por las noches y la besaba abrazándola. Felipe miraba la escena con atención y no sabía lo que significaba, pero ahora, al verla junto a ese hombre, un odio le encendía las entrañas, quería estar junto a ella. Se movía con impaciencia en su silla mientras presenciaba la escena que antes disfrutaba, y ahora ansiaba levantarse, desprenderse de su lugar y correr hacia la chica, pero no podía; solamente lograba descansar cuando el joven se despedía tras un largo beso. Ella se quedaba unos minutos parada en el portón para ver a su novio retirarse. Felipe se sentía aliviado en ese instante y la miraba en paz; por unos momentos, como cada noche, le pertenecía sólo a él.

Al estar sentado en su cuarto, los días le parecían iguales: se aburría de ver pasar a la misma gente, los mismos autos, las mismas cosas; todo le molestaba y lo único que lo salvaba de la monotonía era observar a Laura.

Un sábado a medio día, conforme a lo acostumbrado, su madre lo acercó a la ventana. Felipe vio llegar gente a la casa de la joven y colocar flores en el portón; él miró con curiosidad el suceso. Salieron el papá y el hermano de Laura vistiendo pantalón y saco negro. Regresaron con flores después de unos minutos. Al cabo de media hora un automóvil negro y elegante dio la vuelta en la esquina y disminuyó la velocidad para estacionarse frente a la puerta de madera. El chofer bajó del auto y se paró en la acera. El papá abrió de par en par la puerta. Felipe sintió un estremecimiento, y una sensación de angustia que nunca antes había experimentado se apoderó de él. Vio salir a Laura, con un vestido largo y blanco, y un ramo de flores en sus manos; la vio feliz, le pareció hermosa. Su hermano tomó una foto de la novia con su papá, luego subieron al auto y se marcharon.

Sin saber por qué, Felipe se acordó de un viejo retrato: su madre vestida de blanco y con un ramo en las manos junto a un hombre de

traje negro. También recordó a su madre llorando al descolgar la imagen, inmediatamente después de que aquel señor saliera de su casa. Al hombre nunca lo volvió a ver, al igual que la foto.

Felipe intuía que, así como la fotografía de su recuerdo, no volvería a ver a Laura.

Nunca más quiso saber lo que sucedía en la calle; decidió reprimir sus deseos, y cada vez que lo acercaban a la ventana, cerraba los ojos e imaginaba estar en otro lugar.

¿QUÉ DESEA LA NADA?

La nada está intranquila, cubierta de mi impaciencia, acongojada por el dolor de lo imposible, de lo incierto y de lo insoportable.

La nada llora en un mar de lágrimas fugaces, como estrellas, y su luz se apaga con el silencio de mi voz.

La nada perturba mi sentimiento resentido por el murmullo de su canción, una melodía inacabada en un tiempo inexistente, que persiste en querer existir.

¿Qué desea la nada? Si la nada es lo que soy.

¿QUIÉN LO HIZO?

Pensé suicidarme, pero para eso, primero tengo que sentirme muerto.

Miro pasar la noche por la ventana, las luces encendidas de la ciudad. Cuánta gente y qué situaciones diferentes estarán sucediendo. Los automóviles pasan sin cesar, con el ruido no puedo concentrarme; el calor es insoportable. ¿Cómo aflojarme el nudo de la corbata si horas antes coloqué estas malditas esposas en mis pies y manos? Tampoco tengo la suficiente fuerza para aventar la silla y acabar de una vez con todo. Entre el miedo y el valor existe este vacío que podría dejarme caer en las fauces de la muerte. ¡Pero qué pendejo soy! Si por lo menos hubiera abierto las ventanas o apagado la luz para que no me calara tanto el calor en la cabeza.

¿Cuánto tiempo llevo aquí colgado? ¿Cuatro horas quizá? No puedo terminar con esto, creo que va a amanecer y como siempre mi madre llegará a fastidiar y despertarme de un agradable sueño, ¡siempre con su estúpida letanía de niña idiota: “Anda, Iván, ya levántate, se te hace tarde!”.

¿No podrá inventar otra cosa? No sé, ¡Levántate ya, hijo de la chingada! o ¡Pinche huevón, levántate!; pero siempre es lo mismo. El susto que se va a llevar cuando crea que me suicidé. ¡Ja, ja, mmm!... No puedo reír ni siquiera un poco. ¡Qué pinche suerte tengo! Cómo me lastima esta maldita sogá; ya se me entumeció el cuerpo de tanto estar parado.

Está amaneciendo. Se oye ruido en el cuarto de mis padres, ojalá se apuren para que me desaten. Ya abrieron su recámara, seguro que mi madre se dirige a bañar... Así es, no podía fallar, ahí está la regadera sonando, dejando caer el agua como si con eso lograra limpiar por completo su cuerpo. Por fin salió del baño y entró a su cuarto; que ruido hace con las puertas de su closet, ya estaría perturbando mis sueños.

Ahí viene. Ojalá no se desmaye de la impresión, me gustaría verle la cara para poder reírme de ella; por desgracia mi espalda da a la puerta.

Cuando entra, escucho un fuerte grito que me sorprende.

—¡Iván! ¡Iván! ¡Hijo!...

Se recarga en mis piernas y me jala hacia abajo. Siento cómo mis tendones se acalambran con la tensión; me está asfixiando y para acabarla de chingar no puedo hablar y ni siquiera chiflar.

¡Iván! ¡Iván! —no deja de llorar. Ojalá no se le ocurra mover la silla porque me muero. Su llanto sigue. ¿Por qué no para de gimotear y me mira a la cara?; así descubrirá que no he muerto; por lo menos le guiñaría un ojo o le haría un gesto extraño como los que ella está acostumbrada hacer. Siento miedo y no lo puedo evitar.

Inmediatamente entra mi padre. No tardó ni diez segundos después del grito de mi madre y eso que él duerme como piedra. ¡Se ha de haber asustado mucho!

—¡Levántate, ya pasó, ya pasó! ¡Quizá tenga horas ahí colgado! ¡Ya no llores! ¡Todo terminó!

Siento cómo mi padre quiere retirar a mi madre del suelo. ¡Dios mío! ¿Por qué no se les ocurre mirarme a la cara? ¡Chingada madre, véanme! ¡Estoy vivo!, grito en mi interior, no pueden escucharme.

Los jalones se hacen cada vez más fuertes, la silla se mueve cada vez más. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, que no la muevan más; si tan sólo pudiera hablar, si tan sólo...

Ahí permaneció el cuerpo colgado, vacío y sucio, moviéndose de un lado a otro, con su secreto en el silencio. Los padres con lágrimas en los ojos salieron del cuarto y se preguntaron por qué sucedió esto. No se percataron que así como le dieron la vida en un momento también se la quitaron.

AYER

I

Caminata

Ayer los recuerdos regresaron a mí como un helado invierno.

Deambulaba por las oscuras calles del barrio, alumbradas con la tenue luz de la luna llena, cubierta de nubes grises que amenazaban con dejar caer la lluvia sobre mí.

Apresurado en mis pensamientos, caminaba lento a mi destino.

La memoria del ayer me caló hasta los huesos; nada pude hacer ante la tempestad de imágenes, casi todas de sufrimiento y temor.

Desconcertado, miré a mi alrededor: no había nadie, ¡absolutamente nadie!

La soledad presente, mis labios reseco y mi garganta tensa me impidieron pedir auxilio, gritar.

Con las manos temblando, me abroché los botones del abrigo. La bufanda alrededor de mi cuello se movía con el viento. Mis pasos se deslizaban una y otra vez con el hielo del suelo; resbalé, me sujeté a la pared y logré afianzarme... Si hubiese caído, mis débiles huesos se habrían resquebrajado como una jarra de barro azotada en la pared por un chiquillo.

Decidí fumar un cigarro. Traté de prender un fósforo pero no pude, lo apagó el aire; al segundo intento, lo cubrí con mis largos dedos y el cigarrillo por fin encendió. El tabaco comenzó a consumirse, el humo se internó en mis pulmones, tuve una sensación de tranquilidad, una segunda bocanada me hizo sentir aún mejor.

Crucé una avenida y entré a la calle más extraña que jamás haya visto; posiblemente había estado en otras iguales, quizá no era tan rara, pero la situación me hizo percibirla así. Creo que alguna vez vagué por ella, pero

en esta ocasión me pareció ajena a lo ya visto. La luz de la calle era tenue como una veladora, como el pasillo de una lúgubre iglesia. Los charcos reflejaban las nubes desvanecidas en el cielo. La basura se acumulaba en la esquina. Había un auto abandonado y una pared llena de musgo, con una ventana de vidrios rotos que dejaba ver un terreno baldío.

En esta calle reflexioné cómo se oye mi corazón. Tal vez al pensar en el odio, mi corazón se acelera y da un golpeteo fuerte y seco, y al pensar en el amor el ritmo podría ser lento y profundo como una ola que cae sobre la playa extendiendo lentamente el agua sobre la arena para regresar con tranquilidad al mar.

No había puesto atención a los sonidos de mi cuerpo, la necesidad de sentirme acompañado me obligó a escuchar sonidos que nunca, en más de cincuenta años, sentí curiosidad por descubrir. Medio siglo de vida y aún me faltan muchas experiencias por comprender... ¿Cuántos años más mis ojos permitirán la entrada a las imágenes de la vida?

¡Qué encantadoras personas he conocido! ¿Cuántas más conoceré? ¿Cuántas más veré morir o nacer? ¿Cuántas discusiones, besos, abrazos presenciaré? No lo sé...

Vi en mi camino un árbol hecho añicos por el tiempo. Así me siento, arrugado y viejo, con el cabello entrecano, aunque aún abundante y alborotado, parece ser una tela vieja deshilachada.

Intento no pensar en la muerte y no puedo. ¡El miedo me invade! Es una angustia inquietante que no me deja vivir en paz.

Me he convertido en una persona errática, ajena a los demás, apática.

Me gusta mirar la televisión, escuchar la radio, leer un libro o ir al cine para no escucharme, para no verme, para no pensarme.

Me alejé de mis amigos porque no confío. No quiero volver a tener hijos por temor a que me hagan lo que hice con mis padres, por pavor a mi pasado. No tengo de nuevo esposa porque no me gustaría verla envejecer. Mi muerte a nadie le importará, nadie llorará en mi velorio, nadie se acordará que existí. Si alguien muere no me enteraré. No derramaré lágrimas por

persona alguna, ni siquiera por mí.

Ahora sé que hice lo correcto. No soy feliz. No tengo una profunda tristeza. Existo y sobrevivo.

Si me río, es por burlarme de lo que soy; si me emborracho, es para negar mi vida, sentirme otro. No hay nada en el mundo que me haga cambiar de opinión.

En ocasiones voy a misa para ver las hipócritas miradas que fingen clemencia, para escuchar palabras obscenas que predicán arrepentimiento; son tan ofensivas que nunca se olvidan. El crucifijo en la pared, el santo de cabeza, la virgen morena, no hay nada ahí que parezca natural salvo la luz de las velas; es la única pura y limpia, todo lo demás es charlatanería.

Miré mi reloj y marcaba las diez de la noche; si mis pasos fueran tan vertiginosos como un segundo, llevaría siete mil doscientos pasos recorridos.

El frío endureció mis facciones.

Un hombre cruzó frente a mí; simuló no verme pero sé que me vio. De reojo escudriñé sus pasos; ambos, con un ingenuo pensamiento: el engañarnos a nosotros mismos, el individualismo, el fingir no vernos para no hablarnos. Encontré que soy él quien me mira, quien lo mira. Es la cobardía de enfrentarme.

Vago con arrogancia por las calles, aparentando una hipócrita importancia sólo para mí, realmente no me valoro. Este vacío sentimental es un recóndito abismo en mi corazón que no tiene fin.

En vez de indagar qué hay en mi interior, miro a la gente de forma displicente, con una actitud retadora, insolente, humilladora, soberbia. Al platicar alzo la voz para que todos sepan qué opino, qué pienso. Provoco que hablen de mí, presto atención a sus estúpidas opiniones y me burlo de ellos. Me distraen, y así evito escucharme, aunque en realidad es un desprecio, una negación de lo que personifico.

En el camino, las hojas secas que dejó el otoño se aplastaron con mis pies.

Pude escuchar su crujido en mis oídos que casi nunca prestan atención.

Me detuve y me senté en la banca de madera, frente a la iglesia... Por un minuto, el silencio invadió mi mente y mi corazón; pensé en la inminente presencia de la muerte, extraña que me visita y me recuerda que sólo soy un breve lapso del eterno tiempo.

Cierro los ojos, no hay diferencia entre lo que miro y lo que dejo de mirar. ¡Es una constante oscuridad! Si tuviera el valor de enfrentarme con la verdad lo haría; sin embargo, es más fácil yacer sobre mi cama y esperar mi último suspiro que decidir enmendar los errores del pasado. He tomado malas decisiones una y otra vez a lo largo de mi vida, una vida que siento como tiempo perdido.

Mi pasado fue adverso, pero nada comparado a la acumulación de tiempo que me cala hasta el tuétano. Intento enamorarme de la vida una y otra vez, pero ella misma se encarga de golpearme, de hacerme desfallecer y derrumbarme.

Si creyera en Dios podría gritar y suplicar: “¡Dios mío, Dios mío, ayúdame!”, pero no creo en él ni en mí; gritarlo sería tan hipócrita como gritar mi nombre y decir: “¡Abraham, ayúdame!” No puedo hacerlo.

Me veo caer en un pozo profundo y oscuro, esperando llegar al fondo, con un fuerte y seco golpe, y sin darme cuenta que todo terminó.

Seguí caminando y al pasar por el cementerio, una flor captó mi atención. ¿Qué hace una nochebuena plantada entre las tumbas? ¿Acaso distraerme de la muerte? Para eso es el acontecer de mis días, para no dejarme ver claramente el final. ¡Qué perra vida! Ahora sé tu intención: me pones trampas, vaivenes, risas, personas, paraísos, lluvia y un sinnfn de ilusiones; sucias maneras de hacerme sentir bien, cuando tu único fin es llevarme al ocaso. ¡Desgraciada vida que me avientas hacia un callejón sin salida! Y al final...; ¡al final me presentas a la muerte! Fatídica experiencia sin regreso, sin saber qué pasó; la respiración y el golpeteo del corazón se pierden en el silencio, en un eterno y crudo silencio.

Se aproxima el día en que mi cuerpo envejecido se hunda en el fondo de la tierra, junto al árbol de jacaranda, y dé el suspiro final, y saber a qué huele mi muerte. Cerraré los ojos y me veré en el recuento de mis vivencias, la mayoría de dolor. Será, quizá, ese suspiro... el último placer que la vida me pueda dar.

II

Incauto

Recuerdo con nostalgia lo que viví de niño. La diversión en las calles, en los parques llenos de chiquillos persiguiendo de un lado a otro la pelota. Los paseos en bicicleta esquivando los árboles, oyendo crujir las ramas bajo las llantas y sintiendo el aire que despeinaba mi cabello.

No tenía problemas ni preocupaciones. Parecía no existir el tiempo; se detenía en eternas risas.

Me gustaba observar los gestos y las expresiones de la gente al caminar por las avenidas o al estar comiendo en las terrazas de los restaurantes.

La naturaleza me hacía sentir vivo, y el más mínimo cambio a mi alrededor me sorprendía. Disfrutaba mirar las estrellas, las cascadas, los pájaros, las palomas comer el alpiste que dejaba caer delicadamente una viejecita. Todo me hipnotizaba, actos tan sencillos me cautivaban. La vida era simple y hermosa; sin embargo, cambió de manera drástica. Lo percibí demasiado tarde.

Observar fue un placer. Creía en la magia de las hojas al caer y rodar con el viento; se elevaban e imaginaba mariposas volar. Las flores con su aroma me emocionaban; las miraba detenidamente, descubría que su color era más intenso de lo que parecía a simple vista. Así era con todas las cosas que me rodeaban: entre más prestaba atención, más detalles me sorprendían.

Conforme crecía, lo que tanto me gustaba iba perdiendo interés para mí.

Los grandes días con mis pequeños pasos se fueron rápido. Con el transcurrir de los años, mi cuerpo y mi mente cambiaron. Todo empezó a

aburrirme, los juegos me resultaban tontos y absurdos; mi mente y corazón comenzaron a sentir hambre de pasión.

De joven un deseo se apoderó de mí: ver a una mujer caminar, sonreír; su aroma, su cabello, sus ojos, sus pechos me volvían loco.

Cuando me acercaba a una mujer que me gustaba, mi mente se extasiaba con su aroma y su figura, quedaba seducido, mi imaginación volaba a cada rincón de su ser: entre sus piernas, a su delgada cintura, a sus pechos y pezones, a su olor aún inocente. Su mirada provocativa me incitaba a querer sentirla, a deshilar su ropa para explorar cada detalle de su contorno, besar su cálida humedad, mirarla desnuda, rozar su piel con mi piel, quedar atrapados.

Solía enamorarme con facilidad. Veía en las mujeres la energía de sus ojos, los deseos de vivir, de experimentar, y eso hacíamos: besarnos, gozar sin miedo.

Se presentaron tantas cosas nuevas, lugares y oportunidades que llegué a confundirme y, sin querer, con el paso de los años, acoté los caminos hasta reducirlos a uno, del cual... no hay regreso.

Me aferraba a la juventud por la libertad de elegir sin temor a equivocarme. Creía que si la decisión no era la correcta, tenía muchos años para rectificar. Me gustaba no pensar en el tiempo, no me estresaba, no existía el tic tac de la vida, jamás me preocupó el futuro.

Iba de bar en bar, de un lugar a otro buscando a alguien con quien compartir un poco de mi diversión, sin compromiso, sin remordimiento, gozar, lamer, tocar, masturbarse con un propósito: ¡vivir el momento! Llegué a deleitarme con noches y días de sexo, del sudor de los cuerpos. Me envolvía de sentimientos fugaces. Lo único que buscaba era saciar mi morbo, sentir placer.

III

Quiebre

Mi vida entre la pasión y la reflexión me fue asfixiando, haciéndome sentir dolor en el corazón, dolor de amor, impregnado hasta las entrañas. Soledad, vacío, deseo de apresurar las manecillas del reloj para morir.

Me poseía la angustia de mis pasos titubeantes en la incierta vida.

Me he cuestionado mi transcurrir y he obtenido respuestas, ahora surgen de nuevo las mismas dudas y no logro hallar la solución.

¿Cuántas veces me he preguntado qué es el amor? ¿Dónde está? ¿Dónde lo perdí? ¿Lo habré dejado pasar? ¿Acaso estuvo frente a mis ojos ciegos de dolor, de egoísmo?...

He pensado que el amor cambia constantemente mi sentimiento. Creí querer a una mujer, resultó no ser así; solo fue un capricho del inconsciente. Cuando descubrí que me atraía, que me gustaba, la ilusión se refugió en mi corazón, mi mente se llenó de melancólicos sueños, de la idea de sentirme amado y amar íntegramente, de verme realizado en un sueño, por completo inexistente.

Miré a los ojos a quien creía amar y me sentí correspondido. Ese destello de claridad me hizo sentir feliz, pero tras un parpadeo todo se acabó quedando en un inexplicable mareo. Después de haber visto y poseído todo en un instante, mis pensamientos se mezclaron con un raro estremecimiento, el deseo insostenible, pertenecer a la nada.

Me fui quedando solo, desilusionado de los amores fugaces.

Dicen que el amor mata, y así es, ¡mata la autonomía!

A los veintiocho años me enamoré profundamente por primera vez,

me sentí amado, libre de mí mismo, de mi dolor y de mi soledad; me entregué. Cuando ella me dejó, se llevó de mí no sólo mi sangre, sino también mi alma, mi espíritu, mi vida.

Me niego a recordar, pero no soy dueño de mis sueños.

El rostro de Jezabel me evocaba a las nubes resplandecientes. En sus ojos podía sentir la tranquilidad que me dan las olas del mar; su profunda mirada me encantaba. Nos conocimos de una forma extraña: ella vendía flores cerca de la iglesia donde mi madre fue velada. Ese día mi corazón experimentaba una profunda tristeza. En su velorio hubo poca gente, pero yo me sentía harto de tantas lágrimas y sufrimiento, me sofocaba. Decidí tomar aire y comprar flores.

Después de fumar un cigarro en el panteón me dirigí a la florería. Vi a Jezabel, sus ojos me dieron paz, como si ella comprendiera lo que me pasaba. Por unos segundos, un extraño nerviosismo se apoderó de mí. Me quedé mirando las flores. Ella se acercó sin darme cuenta, me tomó del brazo, me hizo reaccionar y dijo: “Estas gardenias son para usted. Cuando llegue a su casa colóquelas en un jarrón con agua. Los días que duren vivas multiplíquelos por todos los recuerdos bellos que tiene de la persona que ya no está físicamente aquí; éstos serán los años que usted la recordará con alegría, y créame, será una eternidad”. A partir de ahí sentí a Jezabel como una cicatriz en mi cuerpo: no se borra, no desaparece, sigue fresca, duele, pero a la vez me sería imposible reconocer mi piel sin su estela.

La miré, tomé las flores, saqué de mi cartera un billete y me fui sin pronunciar palabra. No regresé al velorio. Fui a mi casa, coloqué las gardenias en un jarrón que mi madre me regaló cuando era niño, y comencé a llorar.

Pasaron algunos meses, en los que una inusitada batalla se desató en mi interior; mi corazón decía que debería buscar a Jezabel y mi pensamiento me decía que debía olvidarla. Muchas veces me he reprochado haber tomado la decisión del corazón, y cada vez que reflexiono esto, un flagelo se clava como alivio de mi confesión.

Un viernes cuatro de marzo acabó mi batalla. Estar enamorado me ayudó a tomar la decisión de ir a la florería. Me dirigí a mi destino; nunca imaginé que eso acabaría con mi vida, una vida que no tenía, que no me pertenecía.

Llegué a la florería, tomé un ramo de azaleas que se encontraba en la entrada. Jezabel estaba distraída en el mostrador. En una hoja de papel escribí: “Aún no te conozco, te vi un instante de mi vida, pero ese instante me dio tal sosiego, que necesito saber cómo son los minutos, las horas, los días junto a ti”.

Me encaminé hacia ella. Me miró y sonrió. Le entregué las flores y la hoja donde había escrito mi deseo.

Desconcertada, miró el papel, lo abrió y comenzó a leer en voz alta, sonrió complaciente y sus ojos brillaron. Me acerqué para abrazarla.

Al conocerla, me fui enamorando más.

Cada tarde ansiaba estar a su lado; cuando llegaba de trabajar, ella me esperaba en la puerta de la tienda y al vernos nos abrazábamos y besábamos.

Antes de caer la noche tomábamos un café frente al parque. Nos gustaba fumar, charlar. Sus puntos de vista me hacían reflexionar y lograba a su lado aclarar mis miedos. Me enseñó a encontrarme, a sentirme bien conmigo mismo.

Disfruté el esplendor de estar con Jezabel, como si fueran los últimos segundos de vida y, en verdad, así fueron. Cuando ella murió dejé de existir.

Vivíamos en un barrio viejo y bello de la ciudad. Caminábamos frecuentemente por sus calles, observando los portones de madera, a veces estaban abiertos y descubríamos largos patios de adoquín, con árboles frutales adornando las paredes de adobe.

Frente al parque alquilamos un departamento en uno de los pocos edificios de la colonia. Contaba con amplias ventanas por donde los rayos del sol se colaban hasta chocar con las paredes y muebles, creando tenues sombras que se esparcían en el piso de madera; el aire corría por los pasillos

refrescando la casa y agitando suavemente las ramas de las plantas, las flores dispersaban una dulce fragancia.

En la esquina había un molino de café, del cual escapaba un aroma que se extendía por la calle durante todo el día, en especial por la mañana y en la tarde; entraba por la ventana e inmediatamente al olerlo me invadía el deseo de estar junto a Jezabel y mezclar ese aroma con el de nuestros cuerpos.

Pasaron los años. Cada vez nos acoplábamos más; buscamos maneras distintas de sorprendernos, de mirarnos, de hablarnos, de amar.

En mi mente conservo innumerables momentos felices con ella, pero en especial recuerdo un martes: me encontraba recostado en el sofá, con los ojos cerrados; comenzaba a dormitar, no escuché a Jezabel abrir la puerta... Sólo oí su voz tierna, llena de emoción, diciéndome al oído:

—¡Te amo, vas a ser papá!

La noticia sonó en mi oído lejano, pero el eco que sentí, la profundidad con la que llegó, hizo que resonara con fuerza dentro de mí; abrí los ojos, las lágrimas rodaban en mi mejilla. La miré; su rostro brillaba con fuerza, estaba feliz. La besé una y otra vez, e hicimos el amor, envueltos en una sensación de magia, de luz.

Los meses siguientes compramos ropa, cuna y muchas cosas para nuestro hijo; teníamos la certeza de que iba a ser varón.

Dispusimos un cuarto, lo pintamos de azul, colocamos cortinas, repisas llenas de muñecos y juguetes, y una cuna de color blanco adornada de caballitos de colores que adquirí en el mercado de antigüedades y que restauré.

Su nacimiento estaba programado para finales del mes de abril y lo esperábamos con emoción.

Jezabel solía sentarse en la mecedora junto a la ventana, dejándose acariciar por los rayos del sol. Le gustaba ver los árboles del parque y su pequeño estanque. Se quedaba por largo tiempo con la mirada en el horizonte, y acariciaba su vientre, como queriendo transmitirle a nuestro

hijo no solamente lo que veía, sino lo que sentía, lo que pensaba. Me gustaba observarla, ella era todo para mí.

Un mes antes de que se cumplieran los nueve meses de embarazo, salí a trabajar desde temprano. Al regresar a casa y abrir la puerta encontré mi destino destrozado, vacío, confuso. Jezabel se encontraba inmóvil en la mecedora; debajo había un charco de agua mezclada con sangre. Corrí hacia ella gritando; las lágrimas resbalaban incontenibles por mi rostro, el corazón me estallaba, sentía dolor en todo mi ser. Al llegar la moví, le grité, pero todo fue en vano. Quizá tenía horas muerta. Su rostro estaba sereno, no sé si eso fue lo que quise ver: un rostro en paz, en silencio, detenido por el tiempo.

Las razones de su muerte sobran para mí; el médico forense explicó con detalle lo que sucedió, pero qué podía importarme si yo no tenía oídos, ni voz, ni pensamiento, ni motivo alguno... Mi vida también dejó de existir.

Hoy, no me queda más que mirar a los niños jugando en los columpios con sus padres que los empujan tierna y cuidadosamente. Ellos se divierten, yo lloro... y lloro porque alguna vez soñé con jugar así con mi hijo; imagino su risa, su voz en mi oído diciéndome: ¡Papi, te quiero!... ¡Estúpido el día en que su madre y yo lo engendramos! ¡Estúpido el día en que él murió! Maldita es la vida y maldito el día en que nació.

Somos como juguetes en el tiempo. La vida parece ser lo mejor del mundo pero solamente son pequeños espacios que parecen tan llenos; después nos olvida, nos abandona en la habitación, nos arrumba en algún lugar, y cuando recordamos sin esperarlo, tratamos de borrar esos instantes que nos hacen tanto daño.

IV

En círculos

He vivido casi toda la vida en soledad, con algunas experiencias gratas: mirar desde el balcón del departamento el cielo rojizo de enero, a punto de nevar; sentir la aguanieve y el helado viento en el rostro mientras fumaba un cigarro de la India; vino tinto resbalando por mi garganta; el sonido de un piano a través de la bocina.

A veces cerraba los ojos para arrullarme con la rara mezcla de la ciudad, con sus miles de autos, sonidos de aviones, patrullas, sirenas, y la música francesa que escuchaba en el radio; me hacía sentir que estaba donde quería estar.

Extraños momentos da la vida, en los que parece que todo tiene sentido; un contacto con un sinfín de cosas, sintiendo ser parte del todo. Hermosos momentos, lástima que sean tan pocos.

¿La razón de estar solo es la búsqueda de mí mismo o el temor de perderme en los demás?

A los cuarenta y cinco años era un ermitaño en un mundo en el que la gente está resignada a vivir sin compañía. ¿Cuántas personas vi llorar en la ciudad? ¿Cuántas veces vi a la gente observar la lluvia, sintiendo ganas de romper en llanto? Miles de gotas en medio de la tormenta les serían insuficientes para desahogar su dolor. Triste es la agonía que hace sentir la amargura del corazón.

Las fantasías ya no existen, se arrastran pisadas por la realidad. Cada paso que doy es un disparo en la oscuridad y da siempre en el blanco, matando las ilusiones. Los sueños, buenos o malos, son lo único que me hace sentir vivo.

Tengo libros en casa dispuestos en el librero y algunos otros en el suelo. Me gusta abrirlos en una hoja al azar y leer unos minutos. En ocasiones no encuentro nada, sólo palabras vacías en hojas llenas de letras. Otras veces descubro frases llenas de sentido, justo lo que quería saber y entender.

En una ocasión escogí el libro *La marcha de las estrellas* y lo abrí en medio de sus páginas. Para mi sorpresa hallé un impresionante dibujo del universo, cientos de luminosas estrellas que se perdían en el inmenso y profundo azul del cielo. Estuve viéndolo por largo rato; como hipnotizado, permanecí entretenido con cada uno de sus trazos. El encontrar una estrella fugaz en el dibujo me hizo reaccionar; eché un vistazo de nuevo a la hoja y continué con la siguiente página. Las primeras palabras decían: “La luna no apareció hoy, pero está el resplandor de las estrellas que dejan ver entre los huecos del cielo la profundidad del universo”*.

La frase me hizo pensar en mi existencia; ha sido una cosecha amarga. A veces observo mi cara arrugada y mi cabellera blanca, me asusta no hallar nada más que un viejo ya cansado.

¿Cuántas veces me he parado frente al espejo buscando un reflejo distinto de lo que soy? ¿Acaso busco encontrar lo que deseo ser? Aunque sé de antemano lo que aparecerá: una copia fiel de mi devastada realidad, una imagen vacía, sin espíritu. Al observarme cada surco en mi piel, encuentro revelaciones de lo que soy y siempre me siento abatido.

Quisiera resquebrajar el estúpido espejo al reflejarme tan fielmente, al mirarme tan distinto de lo que quisiera ser.

No me queda más que deambular en la ciudad, refugiarme en ella, en sus calles, en sus escaparates, en sus iglesias, en sus bares, en su sexo, en su olor a puta. Busco huir, pero nunca... nunca busco en mi interior, mi vacío interior.

¿Qué es lo que me pertenece? Casi nada. El tiempo marcha sin parar, la vida transcurre deseando alcanzar la muerte, el destino no es mío, ya está resuelto; entonces... ¿para qué quiero sentir mi palpitar si no lo controlo?

Pienso que tal vez una de las pocas decisiones que podría tomar y que nunca sabría si es la correcta es el suicidio, enfrentarme valientemente

*Autor desconocido.

a la muerte por cobardía a afrontar la vida. ¿Qué es más fácil, hacerle frente a la vida o a la muerte? No lo sé. Sigo aquí, sin elegir, en medio del recorrido. Parece que da lo mismo regresar que seguir adelante o simplemente quedarme ahí, sin moverme, y envejecer, entretanto siento que cada segundo la tierra me va tragando como arena, recordándome que le pertenezco a ella, a nadie más.

¿Adónde he de moverme? ¿A quién debo seguir? ¿Qué debo olvidar? ¿Por qué debo luchar? ¿Qué puertas debo cerrar? ¿Adónde caminar sin volver la vista atrás?

¡Qué sencillo podría ser poner una soga a mi cuello para asfixiarme!
¡Qué fácil podría ser subir al edificio, pararme sobre la orilla, sentir el viento en el rostro y arrojarme al vacío!

No tengo resistencia al llanto, a sentirme mal, a sufrir, a dejarme vencer sumido en el alcohol y sin pensar en nada, a oler a tabaco, a atascarme de droga, a encontrar una mujer cualquiera, hundir mi pene en su sexo por placer y coger sin remordimiento.

Mi andar se ha llenado de carbón ardiendo; los pies me queman, me sangran. Dejo un rastro del cual no hay regreso, no queda alternativa, solamente seguir por un sendero cada vez más confuso y doloroso.

Quiero parar, pero la vida no me da más opción que seguir. Es como un tren que recorre los rieles a gran velocidad. Quisiera correr para subirme, pero no puedo; mis piernas están cansadas, perdí la oportunidad, la estación está cerrada, no compré el pase de abordar; me conformo con la ilusión de que, en algún momento, encuentre un alto en su andar y pueda escabullirme entre la gente para ocultarme en el rincón de un vagón.

Sueño con personas que me gritan: “¡Sube! ¡Corre! ¡No te detengas! ¡Sujétate!”. Intento asirme, y cuando la mano de un extraño me toma con fuerza y miro su rostro, él sonríe y sin razón me suelta. Mi cuerpo rueda entre las rocas, golpeándome, flagelándome.

¿Cuántas veces he estado en la estación del tren sin abordarlo? El temor me lo impide. Por muy larga que parezca la vida, siempre es tan corta al final.

V

Cerrar los ojos

Qué rara es la vida, en este último suspiro, en este último cerrar de ojos. El primer recuerdo que viene a mí es una oscura calle, iluminada tenuemente por la luz de la luna, y el invierno calándome hasta los huesos.

Recordar esa caminata fue como un horrible sueño en el que no podía parar el tiempo. Me di cuenta de que más de la mitad de mi vida se había consumido: cincuenta y tantos años de decadencia; estaba en la última pendiente, al borde del precipicio, y justamente esa pesadilla terminaba así... Yo, desnudo, recostado, descendiendo hacia la tierra a través de una fosa que yo había cavado, sujetado con cuerdas amarradas a mis manos y pies. Algo faltaba de ese recuerdo, de esa visión... ¿Dónde está la jacaranda con sus flores que cubren el piso de morado? ¿Dónde está la imagen del frondoso árbol en la pradera, con su tiempo acuñado en su agrietada corteza? Mientras intento encontrarlo con mis ojos cerrados que ven, siento cómo poco a poco sus raíces me tocan y me abrazan antes de llegar al fondo, con calidez, con ternura. Son los brazos de mi madre y el calor de su pecho apretándome con amor; escucho latir su corazón que quedó grabado dentro de mí por siempre y cuyo sonido tierno ahora oigo sin cesar, como en aquellos primeros días de mi vida, sólo que hoy estoy de regreso. Me veo pequeño e indefenso en el vientre de mi madre, aguardando el instante de ver la luz de nuevo.

ENTRE MUROS

...decidió huir a un lugar en el que no vería nunca más esa grotesca sonrisa, ni escucharía el gélido aliento que le rebanaba el corazón, ni sentiría sus pasos hundiéndose en su cerebro.

Al cerrar la puerta, un flash de imágenes regresó a su memoria y se preguntó cuántas migrañas y dolores en sus sueños le provocaron esas manos resbaladizas, húmedas y sucias tocándola debajo de su piel. Y es que a ella le parecía que sus vestidos, su ropa interior, sus zapatos, sus medias y hasta la sábana la protegían como una piel delgada y frágil, debajo, sólo había carne viva, carne que le lastimaba y que le ardía al menor contacto de él cuando la veía, cuando la tocaba... No podía ya soportarlo.

Recordó cómo muchas veces, al estar sentada en la sala, el ruido de la llave introduciéndose en la cerradura del portón se le colaba hasta sus pulmones para casi asfixiarla; creía desfallecer, el corazón le explotaba. Irónicamente, entre más dolor corría por sus venas, más viva se sentía.

Las lágrimas no le eran suficientes para llenar su cuarto y sumergirse en él, volver al principio, arrojarse y flotar protegida de un porvenir.

Andaba entre muros resbaladizos que no le permitían sostenerse, que parecían caerle encima y reducirla a escombros. No encontraba eco ahí cuando se recargaba y les gritaba y les susurraba y les imploraba que la abandonaran los fantasmas que la cubrían, erizándole las entrañas.

De reojo miraba la luz de la luna que la ilusionaba. Observaba los cuadros mal colgados con las fotografías derritiéndose, mimetizándose con las manchas de las ventanas que estaban cerradas y que ya no le permitían ver; andaba a ciegas, utilizaba un bastón almidonado hecho de fotografías, hojas de libros y sonidos, todos encadenados y con tal fragilidad que poco a poco el cayado se desmoronaba como cubos de azúcar al rozar con el suelo.

Cuando no lograba conciliar el sueño deambulaba en el pasillo, recorriendo una y otra vez la recámara y el comedor. Pensaba en la manera de huir sin esparcir pedazos de su piel por el camino.

El despertador sonaba a la misma hora, pero no siempre se encontraba en el mismo lugar; antes de dormir lo escondía, lo dejaba fuera del alcance de su mano, en la cocina, en el baño y muchas veces dentro del árbol de navidad que nunca quiso desbaratar, ya que le recordaba los días de su alegre infancia... En el momento que el sonido de la alarma llegaba hasta sus oídos, unas veces lejos, otras veces cerca, le hacía sentir la fantasía de hallarse lejos de su tortura...

Llovió todo el día, y sintió que toda la noche las estrellas le cayeron encima; con los ojos bien abiertos y con su ruido en silencio se dejó escapar escurriéndose del tiempo.

No estaba él, ella no lo esperaba. Se sintió fragmentada y a pesar de quitarse un gran peso, se propuso recordar por siempre que el olvido puede cubrir como una espesa niebla lo mismo un sendero que su imagen reflejada en un frágil espejo.

Huyó y se sintió libre, llevando consigo su piel que aún le ardía, con la angustia de no ver bien y sentirse sofocada por momentos... Y aunque no sabía dónde estaba, tenía la certeza de no estar ahí.

LA CAÍDA

Mis músculos están flácidos y sin respuesta, no tengo control, me encuentro a la deriva en el tiempo y en el espacio. Sólo recuerdo que sentí un fuerte calambre en la cabeza, pero no supe qué me pasó. No sé si algo me golpeó. La fuerza de mis piernas desapareció y, en un instante, mi cuerpo se desvaneció proyectándose hacia el suelo.

Me ataca una ansiedad, una desesperación de no saber qué es lo que me pasa, de no poder controlar la caída.

Mis ojos permanecen cerrados, no puedo abrirlos (¿por instinto o por temor a ver lo que sucede?).

El tiempo parece transcurrir con una lentitud inexplicable pero con tal claridad que puedo sentir cómo me derrumbo milímetro a milímetro; en mi mente se cruzan innumerables acontecimientos de mi vida. Es un letárgico despertar.

Mi cuerpo choca contra el suelo, mi cabeza se impacta en el concreto. No siento dolor, sólo me estremezco. Cada parte de mí está inerte, sin movimiento.

Los sentidos se agudizan. Oigo un murmullo que se va desvaneciendo poco a poco para dar lugar a otros sonidos y otras sensaciones que nunca había percibido. ¡Creo que estoy muriendo!

Me aferro a intentar abrir los ojos para no imaginarme a mí mismo, pero no puedo.

Tengo miedo... Miedo de no ver, de no escuchar, de no sentir. Tengo miedo de perderme en el tiempo, miedo de no reconocirme.

He caído al vacío.

Percibo la sangre que brota de mi oído y escurre por mi rostro; es un líquido caliente que fluye como un río...

Escucho latir mi corazón, suave, relajador... Me adormece. Lo oigo por horas. Ahora el sonido se va haciendo más intenso. ¿Qué pasa?... Lo oigo cada vez más fuerte... ¡Es aterrador, ensordecedor, delirante! Siento que exploto. Grito pero no tengo voz. Miro colores que se enrarecen y que me rodean. Mis ojos continúan cerrados. Escucho ruidos pero mis tímpanos no vibran. Y ese latido cada vez más espaciado, cada vez más estrepitoso, que no deja de sonar. ¡Que no... deja de sonar!

UNA FAMILIA MUY AFORTUNADA

–Así es, señorita, fue una desgracia, la vida es así, nos trae de un lado a otro, zangoloteándonos sin que sepamos cómo reaccionar. En fin, voy a contarle lo mismo que le dije a esos cabrones judiciales. ¡Imagínese! Pensar que uno es capaz de hacer semejante chingadera, aunque en cierto sentido, los comprendo; ¡todo lo que han pasado esos policías!, robos, asesinatos, persecuciones y sabe Dios qué más.

»Pero siéntese, póngase cómoda. ¿Cómo me dijo que se llama? ¡Espere!, ¡no me diga!, Raquel, del periódico *El Despertar*. Mire, señorita, hace unos diez días nos enteramos de que José Luis, el hijo de Don Pancho y Doña Clementina, había desaparecido, así nomás como lo oye; nos vinieron a preguntar ese día por la noche si no lo habíamos visto. La verdad es que el sábado nos fuimos desde temprano al pueblo de mi hermana que está a cuarenta minutos de aquí. Dejamos a los chamacos solos en la casa –Don Vicente giró su rostro hacia la pared y con el dedo señaló los cuadros con las fotografías de sus hijos–, esos dos que están ahí retratados; son chulos, ¿qué no? Son mis varoncitos, Pedro y Martín, de once y nueve años. Como le decía, nosotros salimos y les dimos la instrucción a los escuincles de no hacer desmanes, ya ve que a esa edad son muy inquietos.

»Mi vieja y yo regresamos casi a las diez de la noche. Don Pancho estaba interrogando a nuestros hijos y a sus amigos. El pobre hombre tenía cara de haber visto un fantasma, y con una voz entrecortada les preguntaba una y otra vez que cuándo habían visto por última vez a José Luis. Los chamacos le respondieron que fue al medio día; estaban jugando a las escondidillas y pues de ahí nomás no apareció.

»La policía llegó poco antes de media noche e interrogaron a los amigos

de José Luis, a los papás y a los vecinos. Investigaron en toda la colonia, pero nada de nada. Imagínese la desesperación de los padres, con el Jesús en la boca y un hueco en el corazón. Toda la noche y los días siguientes lo buscaron por todos lados, revisaron una y otra vez la casa, el parque, hasta debajo de los carros. Los padres de José Luis pegaron copias de su fotografía en las paredes de la calle, en tiendas, en farmacias, no sólo del vecindario sino también de colonias aledañas. Gritaron, lloraron, y él no apareció.

»Al cabo de unos cuatro días, estábamos mi vieja y yo aquí mismo, en este sillón –Don Vicente miró a su esposa, quien movió la cabeza afirmativamente–, y que le digo: ¡Vieja!, huele medio feo, ¿no crees? Y ella me contesta: pues ahora que lo dices, sí, desde la mañana. Y entonces yo le digo: se me hace que ha de ser una rata muerta, acuérdate que les pusiste veneno hace ya casi un mes; para mí que ya cayó alguna.

»Y para no hacerle el cuento largo, ahí nos tiene buscando a la famosa rata por debajo de los sillones, en la cocina, debajo del refrigerador, en las habitaciones, y no aparecía. Día con día el olor se iba haciendo más insoportable.

»El chamaco tenía ocho días de haber desaparecido, y en una de éstas, cuando leía mi periódico recostado en el sofá y mi señora estaba en la recámara, me percaté que el olor provenía del pozo, y que le grito a mi vieja: ¡Vieja! ¡Como que el olor sale del pozo! ¡Qué se me hace!

»Y pues bueno, señorita Raquel, ese pozo que tiene casi bajo sus pies, en medio de esta sala –Don Vicente señaló el sello de “clausurado” sobre la tapa que estaba a unos pasos de la periodista–, tiene más de cien años. Mi abuela, en paz descanse, me dijo que ahí se escondía de los revolucionarios para que no la violaran. Bajaba por las escaleras que tiene el hoyo y se quedaba hasta que ya no escuchaba ruido. Para desgracia del chamaco se le ocurrió esconderse ahí.

»Resulta que lo abrí y entonces veo al chamaco flotando boca abajo, inflado como pelota y despidiendo un olor a podrido que me hizo vomitar.

Me encontraba asustado y asqueado. De nuevo le grité a mi mujer: ¡Vieja, ya lo encontré! Ella me preguntó: ¿La rata? ¡No!, le digo, ¡al chamaco ahogado en el pozo!

»Mi vieja gritó y no la escuché más, fui hasta la recámara, la encontré desmayada en el piso, la recosté y llamé a la policía.

»Don Pancho y Doña Clementina llegaron unos minutos después que las patrullas se pararon frente a la casa. Vinieron los bomberos y el forense. Sacaron al pobre niño todo descompuesto. Mi mujer no quiso salir del cuarto hasta que todos se fueron. –La esposa de Don Vicente no pudo contenerse y se soltó a llorar al recordar todo lo sucedido.

»Los policías nos hicieron toda clase de preguntas: que si nosotros lo matamos, que por qué está el pozo ahí, que cómo fue que lo encontramos. Lo que sucedió es que a José Luis se le hizo fácil esconderse dentro del hoyo, al bajar las escaleras se resbaló y se ahogó; los niños lo buscaron pero nunca lo hallaron.

»Es una triste historia, pero ¿sabe una cosa, señorita?... ¡Somos una familia muy afortunada!

–¿Por qué afortunada? –Raquel se sorprendió del comentario de Don Vicente.

–Pues porque nadie de mi familia se murió. –Miró hacia arriba y dijo–: ¡gracias a Dios!

–Pues sí, por fortuna nadie de ustedes cayó al pozo. –El tono de Raquel sonó comprensivo.

–¡No, no lo digo por eso! –Don Vicente miró a Raquel a los ojos y tomó la mano de su esposa–, sino porque estuvimos bebiendo agua del pozo por casi siete días, ya que en estas fechas, todos los años, el agua escasea.

–¡Pero no vieron si estaba el niño ahí! –Raquel preguntó angustiada.

–¡Pues señorita!, ¿dónde cree que miramos el primer día que desapareció? ¡Pues sí!, en el pozo, pero el recondenado chamaco no flotó; creo que lo hizo hasta el cuarto día, cuando empezó a apestar, y para

acabarla de amolar, ya no volvimos a asomarnos: tenemos conectada una bomba que sube el agua al tinaco. Ahora sí, como quien dice, ¡estuvimos bebiendo agua de muerto!, y es que el agua del pozo es bien buena. A nadie le hizo daño, por eso le digo: ¡no hay duda de que somos una familia muy afortunada!

ACERCA DE LA LUNA

En la luna veo reflejados como en un fiel espejo mis sueños, mis fantasías, mis sentimientos, mi amor.

Cuando estoy sentado en la arena de la playa y contemplo la imagen radiante de la luna que destella sobre el mar, me siento casi completo; estoy rodeado por el agua, la luz y la tierra, pero me haces falta tú. Un sentimiento de vacío me asedia. Me levanto, camino despacio. Con los pies descalzos esparzo la arena. El agua fría se arrastra con las olas, moja de vez en cuando mis tobillos. Oigo el sonido relajante del océano que golpea sin cesar las rocas de mil formas. Observo a mi alrededor, busco en los cuerpos y rostros algo que me recuerde a ti, pero nada me hace sentir a tu lado en esta noche llena de emociones.

Con mi mirada recorro cada detalle de la luna; quiero encontrar en su luz la respuesta que busco, pero ella cierra sus ojos para descansar de los amores rotos. La luna va a dormir ocultándose del sol, allá donde el mar parece fundirse con el universo. Yo haré lo mismo... Me desnudaré, cerraré los ojos, respiraré profundamente, caminaré lentamente hacia el helado mar, dormiré dentro de él y no despertaré jamás.

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de Julio de 2010 con un tiraje de 1000 ejemplares.

